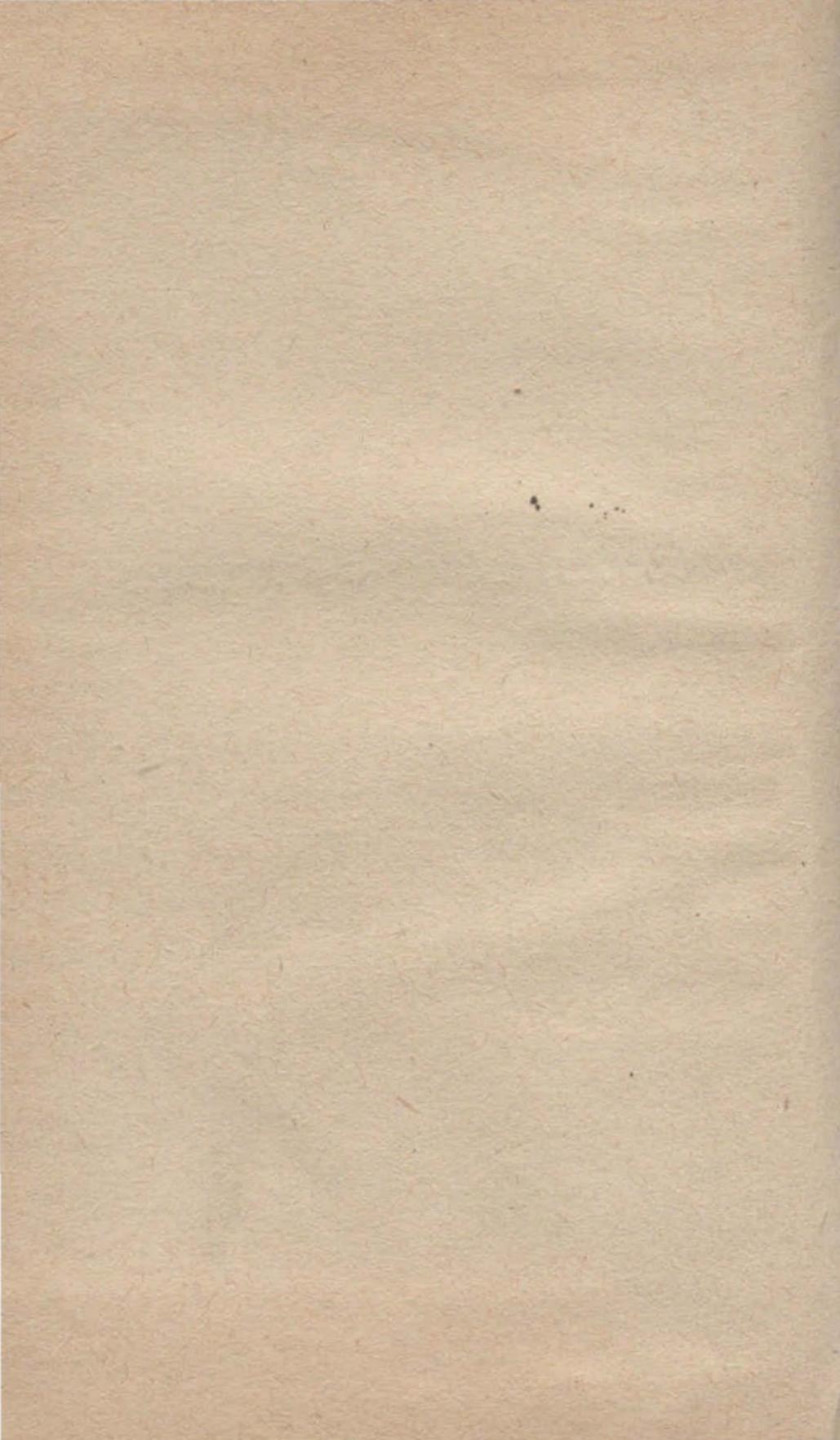


MONÓLOGOS, DIÁLOGOS y COMEDIAS

PRIMERA SERIE



PRIMERA 'SERIE

Monólogos, Diálogos y Comedias

Para Niños

COLECCIONADOS POR

CLEMENTE B. GREPPI

EDICIÓN DE 1931



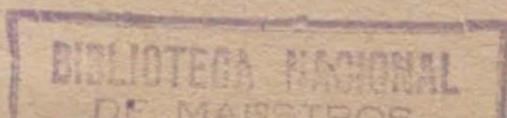
BUENOS AIRES

CABAUT y Cía., EDITORES

" Librería del Colegio " — Alsina y Bolívar.

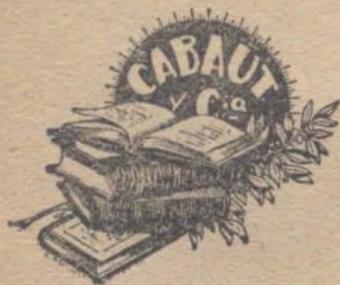


110 x 170
15-20
(163)



no. 40: 721/1968

Sup.



DERECHOS RESERVADOS.

(Leyes N^{os} 7092 y 29510).

ADVERTENCIA

Las obritas que publicamos pueden representarse en cualquier clase de fiestas escolares y sociales. Su índole exige la mayor sencillez y naturalidad en la forma en que han de recitarse y choca con el tono enfático y declamatorio.

Ha de cuidarse con especial esmero :

1.º Que la pronunciación sea clara y correcta.

2.º Que se hable en voz alta, pero no a gritos, ni precipitadamente.

3.º Que las inflexiones de la voz sean apropiadas. La afectación y las cantilenas, tan comunes en las niñas — especialmente cuando aprenden algo de memoria — son desagradables y ridículas.

4.º Que las acciones y movimientos se sucedan con naturalidad y sin afectación. Deben evitarse los paseos y balanceos sin razón por el escenario.

5.º Que los ademanes y gestos sean sobrios, oportunos y bien marcados.

Ciertas actitudes como la de señalarse la

boca, los ojos, la nariz, cuando se les nombra o se habla de alguno de los sentidos, no son convenientes sino en muy limitadas ocasiones.

6.º Que la expresión de la mirada sea el reflejo de las impresiones recibidas. El éxito de la expresión fisonómica tiene su llave en los ojos.

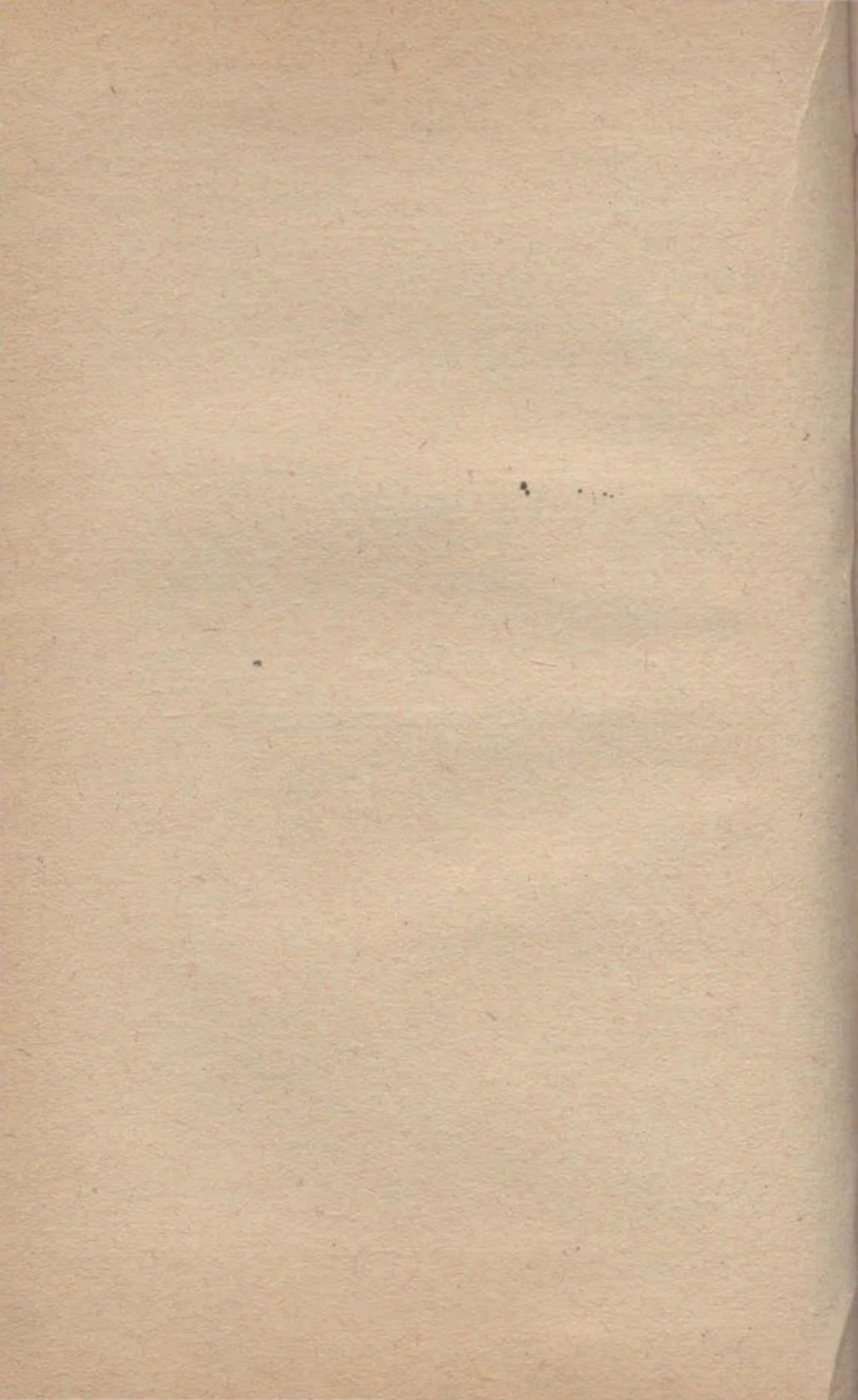
7.º Que el ademán o gesto precedan siempre a la palabra.

C. B. GREPPI.

LA MANO

MONÓLOGO

PARA NIÑO DE PRIMER GRADO



LA MANO

Señores :

Yo tengo dos manos : la derecha señala la izquierda y la izquierda al revés. ¡Ah, no! me equivoqué : ésta es la derecha señala la derecha y la izquierda es ésta.

Señalándola.

Las dos son muy obedientes; cuando quiero trabajar ambas están a mis órdenes, pero cuando quiero haraganear, parece que ellas también andan de acuerdo en no hacer nada. Pero, siendo yo un niño juicioso, no permito que mis manos me falten al respeto, y debo decir la verdad : me obedecen siempre. Por ejemplo : cuando quiero hacer una caricia a mamá, las manos se apuran a obedecerme. Me escuchan también cuando quiero tomar algún caramelo, pero siempre se quejan porque quedan pegajosas las yemas de sus dedos. Me sirven muy bien para comer, nunca se cansan. Se cansan y se congestionan, como dice mi papá, cuando mamá les da una palmada por alguna travesura. A veces en invierno, me gusta guardarlas en los bolsillos, y ellas están

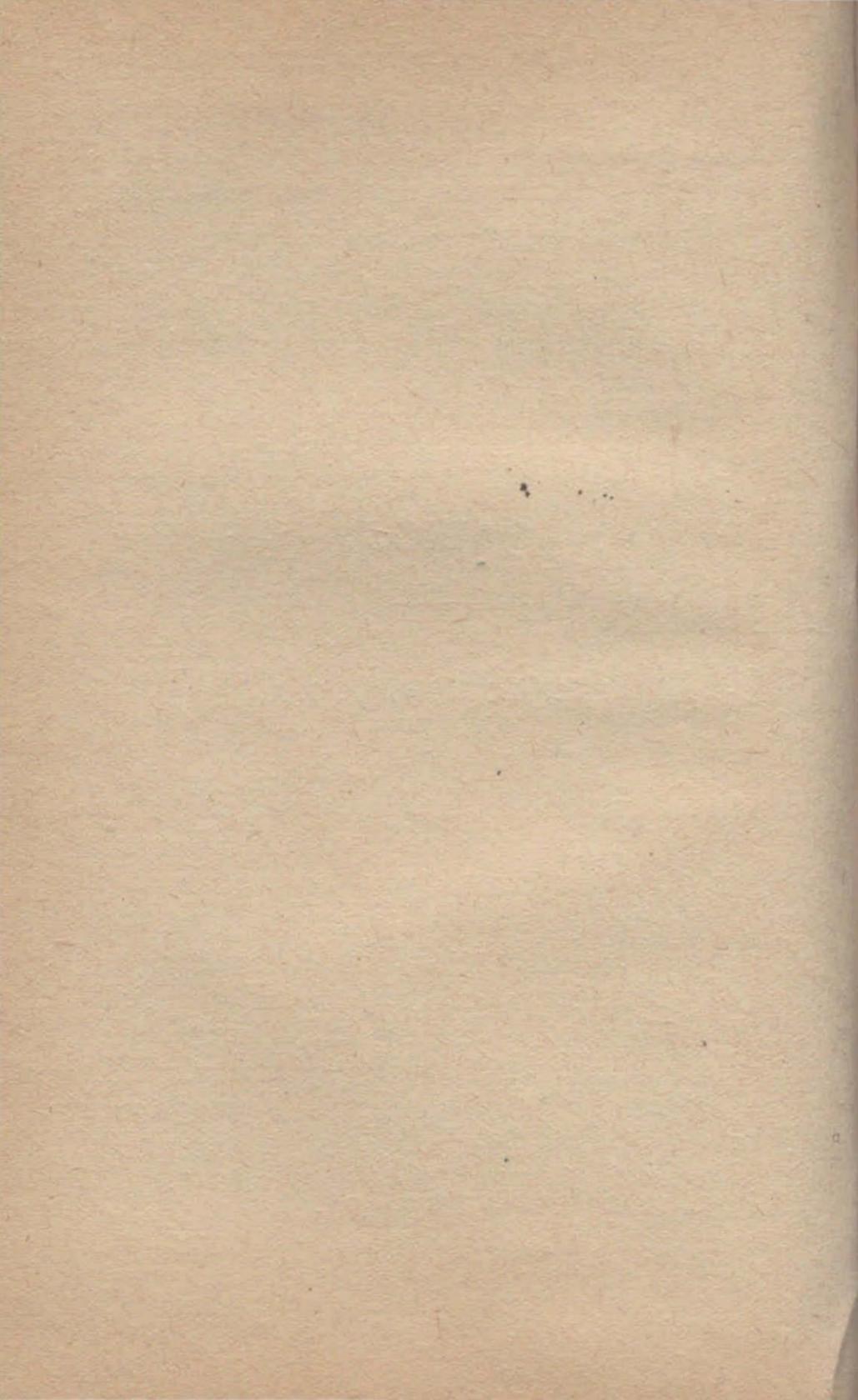
lo más contentas por lo calentitas que se encuentran, pero mi maestra no quiere verme en esta postura, porque dice que, teniendo siempre las manos en los bolsillos, se muere uno de hambre.

Me han dicho que las manos sirven también para aplaudir. ¿Será verdad?

¡ADIÓS!



MONÓLOGO, por P. G. A.



¡ ADIÓS !

Voy a referir a ustedes una historia verdadera, ¡eh! una historia que no es cuento... ¡Oigan ustedes!

Una vez el sol estaba muy cansado, no como hoy que quemaba, y entonces dijo : ¡Me voy a dormir! — y se fué.

El viento, que soplaba muy fuerte, se detuvo y dijo : ¿El sol duerme? ¡Me voy a dormir!... y se fué.

Un pajarito que estaba cantando en la rama de un árbol, dijo : ¡Ah! ¿el sol ya no brilla? ¿el viento ya no sopla?... pues ¡me voy a dormir!... y se fué.

Una liebre que andaba corriendo por el campo, se detuvo, enderezó sus largas orejas, miró a todas partes y dijo : ¡Ah! ¿El pajarito ya no canta? ¡pues... me voy a dormir!... y se fué.

Un perro que perseguía a la liebre, también se detuvo y dijo : ¿Cómo? ¿ya no corre la liebre? Pues ¡me voy a dormir!... y se fué.

Entonces la luna, que aparecía en ese momento, dijo : ¿Cómo? ¿El perro no persigue a la liebre?... ¿La liebre ya no corre? ¿El pá-

jaro ya no canta? ¿El viento ya no sopla? ¿El sol ya no brilla? ¡Voy a aprovechar esta oportunidad para agarrar a todos los chicos que no quieren irse a su casa.

Mira al cielo buscando la luna.

Yo tengo miedo que venga la luna y me agarre...

Mira otra vez.

Me voy, chicos, ¡adiós! . . .

Saluda con ademán característico.

¡Vayánse ustedes también! Ya se acabó la función. Vengan el domingo próximo, ¿eh?... ¡Adiós, chicos!

Saliendo y con ademanes.

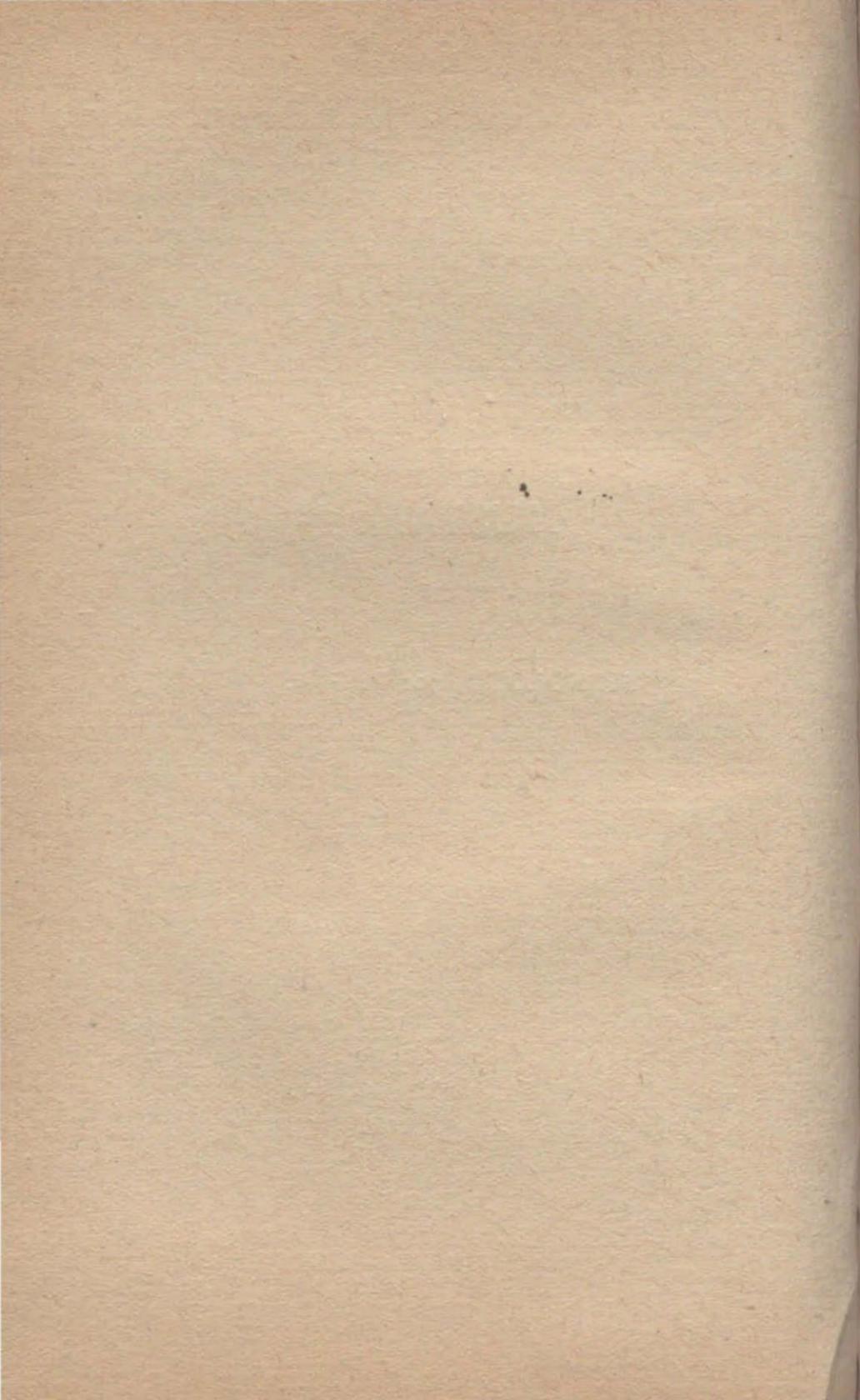
¡Adiós! ¡Adiós!

Sale.

MUSTAFÀ



MONOLOGO, por P. G. A.



MUSTAFÁ

Entra con un gran perro
y lo pasea por el escenario,
haciéndole caricias.

¡Pues no es poca la tarea que me da el señor perrazo éste! Darle de comer... darle de beber... ponerle el bozal... llevarlo a bañar, llevarlo a pasear por la plaza... ¡en fin! ¡qué sé yo!... y después... que un buen día se muera, se pierda o se lo lleve alguien, como me pasó con Sultán.

¡Pobrecito Sultán! ¡Cómo me obedecía! ¡Qué inteligente! Todas las mañanas, apenas salía yo al patio, Sultán venía a saludarme moviendo alegremente su cola y lamiéndome las manos... Aprendió una serie de pruebas : a llevarme la canasta y los paquetes cuando tenía que hacer mandados... ¡Era una monada! Y lo cuidaba mucho y, sin embargo... ya no lo tengo más..., alguien me lo llevó... Ahora tengo éste... ¡este señor perrazo!

Es lindo, ¿no es verdad? ¡y tan bueno! Se llama Mustafá. Yo le he puesto este nombre porque Mustafá es el héroe de una historia que voy a referir a ustedes.

Una mañana había amontonada mucha gente sobre el puente de Barracas. Llovía, la ribera bastante mala, el agua corría sucia y fangosa... La gente miraba hacia la orilla. ¿Qué ora? ¿qué pasaba allí?... ¡Un gato se ahogaba!... Sus barbas erizadas, sus ojos fuera de las órbitas, miraba con una expresión de odio y al mismo tiempo de súplica, pero nadie se movía.

Pasa Mustafá, un perro de Terranova, grande, lindo como éste, tranquilo, arrogante, el pelo lustrado, su mirada despierta; mira a su alrededor, da un salto... toma al gato... ¡su enemigo irreconciliable! y lo lleva a la orilla... Después, sin inquietarse por las conversaciones ni por los plácemes, se abre paso entre la concurrencia y desaparece.

¿No es verdad que es un lindo ejemplo el que dió ese perro, salvando la vida a su enemigo de siempre?

Recordando a ese perro he llamado al mío « Mustafá ». Ahora voy a llevarlo a pasear.

Dirigiéndose al perro.

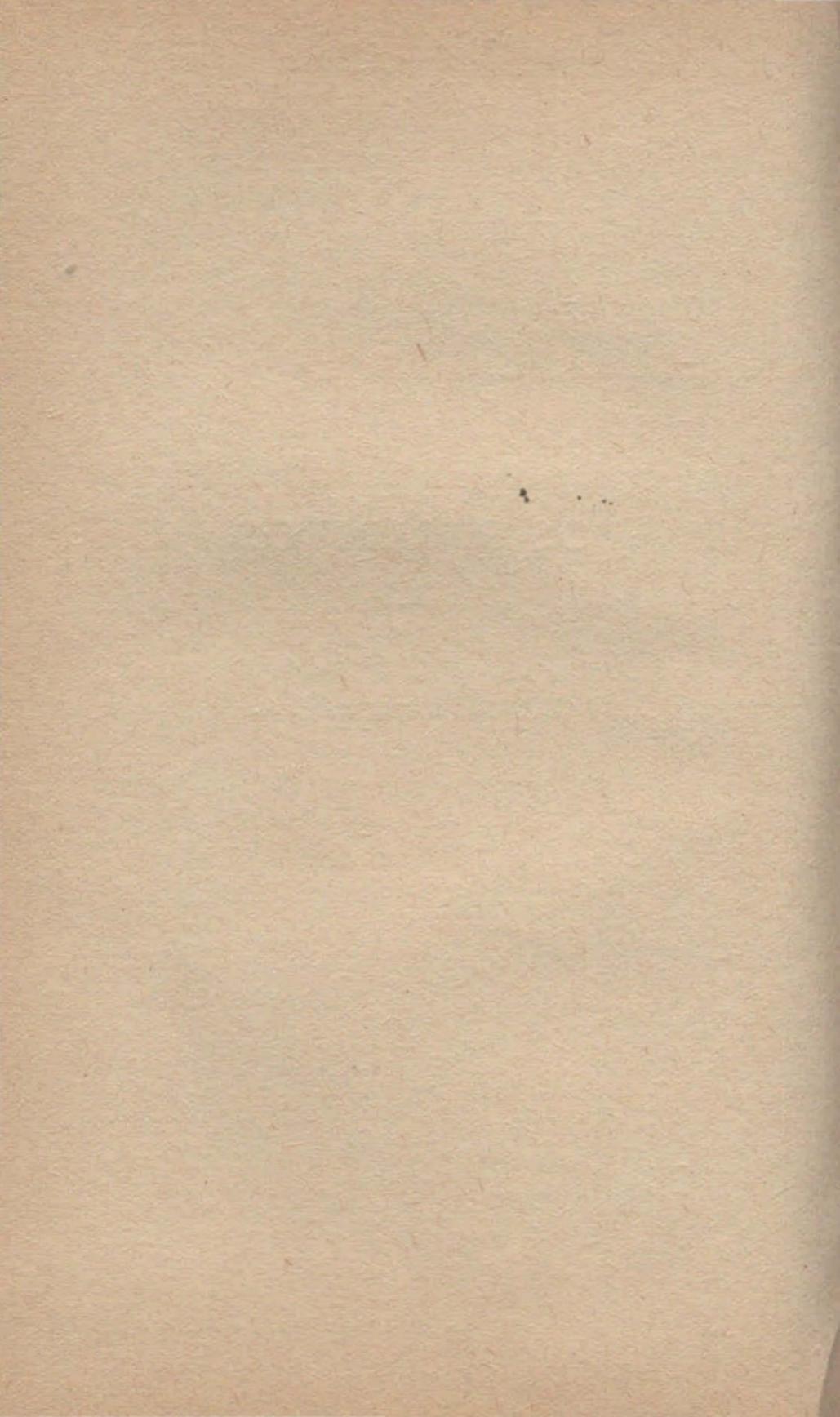
¡Vamos, Mustafá! Vamos.

Sale.

LOS PAJARITOS

MONOLOGO, por P. G. A.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



LOS PAJARITOS

Si los pajaritos supieran hablar, ¡cuántas hermosas historias nos podrían referir! Yo me figuro cómo son sus cuentecillos. Son historias de primavera, historias de arroyuelos que corren murmurando, cuentos de florecillas que hablan entre sí. ¡Qué lástima no poder comprender las conversaciones de los pajaritos! ¡Ellos podrían ser maestros de muchos niños!

Sin la menor duda, todos los niños cantores aprenderían de ellos para hacerse agradables a los oyentes... pero esto sería lo menos, hay otras cosas más importantes que aprender de estos buenos señoritos.

Algunos amiguitos míos, por la noche, no irían jamás a la cama y por la mañana no se levantarían nunca. A éstos les dicen los pajaritos : « Niños, eso no es bueno ni es sano; haced como nosotros, id a dormir cuando el sol se pone y levantaos temprano, cuando el sol aparece. » Conozco también muchos niños que quisieran no hacer nada en todo el santo día. También a éstos los pajarillos les dicen : « Imitadnos a nosotros; los pajaritos bajamos al prado y al jardín en busca de hilos, hierbas

y pajitas para fabricar nuestros nidos. Trabajamos desde la mañana hasta la noche y cuando trabajamos cantamos alegremente porque el trabajo pone al hombre de buen humor y lo conserva sano, mientras, por el contrario, la ociosidad produce tedio y aburrimiento. »

A otros niños que son muy poco amantes del aseo y que salen a la calle sin arreglarse, a éstos también les predicán los pajaritos : « Tomad nuestro ejemplo; nosotros bajamos con frecuencia al arroyo, sumérgimos en el agua nuestra cabeza, nuestras plumas y nuestras patitas. ¡Qué delicioso y qué saludable es el baño! ¡Qué lindo verse arreglado y limpio! »

¡Cuántas cosas dicen y enseñan los pajaritos!

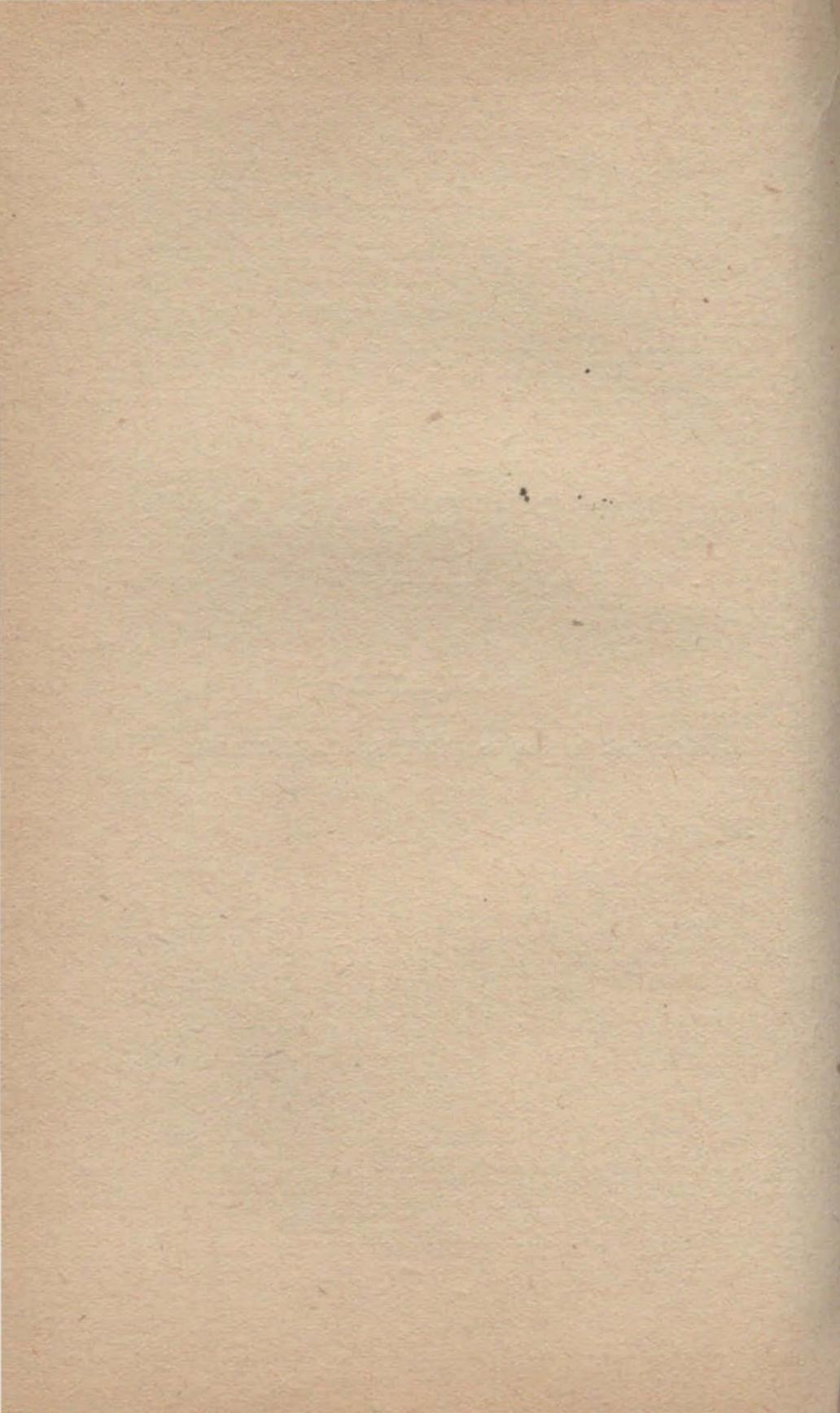
Pero, me preguntará alguno de vosotros : ¿cómo hacen para decirlas?, ¿cómo pueden enseñarlas, si no hablan?

Los pajaritos enseñan sin hablar, enseñan con el ejemplo.

¿ÁNGEL O DIABLO?

MONOLOGO

Original (italiano) de ALBERTO CASTIGLIONI



¿ÁNGEL O DIABLO?

Señores : yo soy un artículo fuera de concurso. Me presento aquí para hacer una pregunta a ustedes. Es una duda que me interesa aclarar.

Yo... ¿Soy un ángel o soy un diablo?

Como sé que entre las alas y los cuernos hay bastante diferencia, pido, pues, por favor, que alguien me dé una explicación.

Ustedes desearán saber el motivo que me detiene en tal preocupación. Voy en seguida a decirlo.

A menudo mis padres me hacen preguntas acerca de lo que aprendo en la escuela, una cosa... así... como un examen. Si contesto bien, mi mamá se vuelve loca de alegría, me abraza y me dice : « Muy bien, eres un angelito. » Y mi papá, acariciándose la pera exclama con voz gruesa : « Es verdad, este chico es un diablo : aprende todo lo que quiere. »

¡Ahora, pues... digo yo! : entre el « angelito » de mi mamá y el « diabolito » de mi papá... yo... ¿en qué me quedo?

Por ejemplo... al lado de mi casa vive una anciana muy pobre, viuda de un veterano de la patria; dos o tres veces por semana voy a

verla, llevándole... moneditas, chocolate... y ella, ¡la pobrecita! me mira con dos ojos que me parecen una caricia, y me dice : « Gracias, nene. Usted es un ángel; quiera Dios devolverle todo el bien que me hace. » Luego, cuando vuelvo a mi casa, mi mamá, que no viéndome se había puesto inquieta, me reta : « ¡Pero chico! Tú eres un diablo : ¡no puedes quedarte un rato en casa! »

Tengo mis tíos en Mar del Plata. El otro domingo, mi tío escribió una carta a mi papá y entre otras cosas puso : « Dale un beso a aquel diablito de Armando », y mi tía escribió debajo de la firma del tío : « Ya llegan las vacaciones y estoy deseando ver a ese angelito de Armando. »

Pero... contrariado ese Armando que es « diablo » para uno y « angelito » para otro, soy yo... siempre yo.

¿Cómo se explica esta contradicción?

Tocándose las espaldas.

« Alas »... no las tengo.

Tocándose la frente.

« Cuernos »... tampoco. Así que, por el exterior no se puede juzgar. Vamos a ver lo moral.

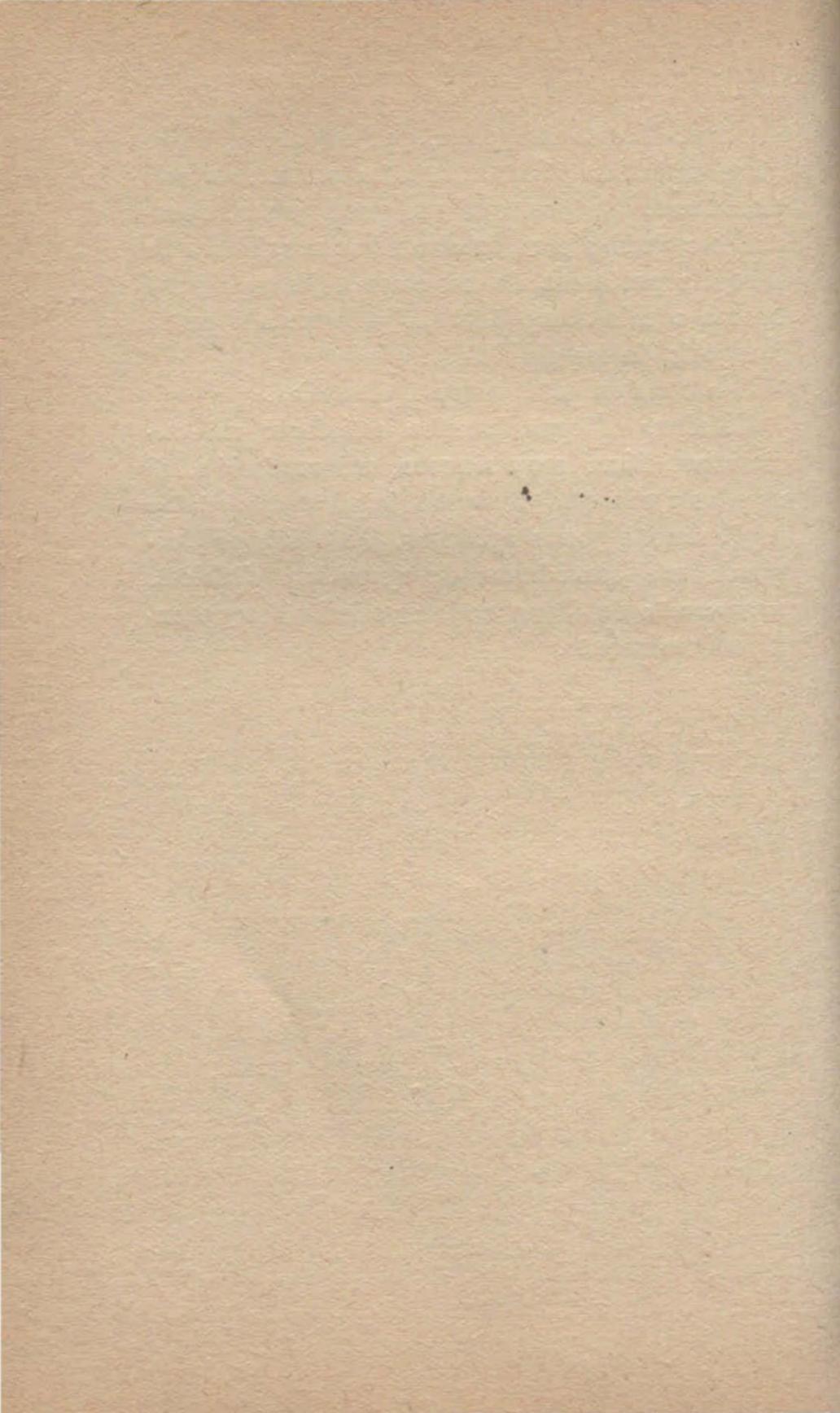
Despacio.

Yo... quiero a mis padres, amo a mi patria, no me pesa el trabajo, ni el estudio; en fin, hago todo lo posible para cumplir con mis

deberes. Y esto me pone, por supuesto, en la clase de los angelitos. Por otra parte... un poco intencionado confieso que me gusta jugar, desobedecer quizás a mi mamá, hacer rabiar a la señorita profesora de mi clase... jugar alguna broma a mis compañeros... y heme ahí en la categoría de los diablos.

Por consiguiente, estoy a oscuras.

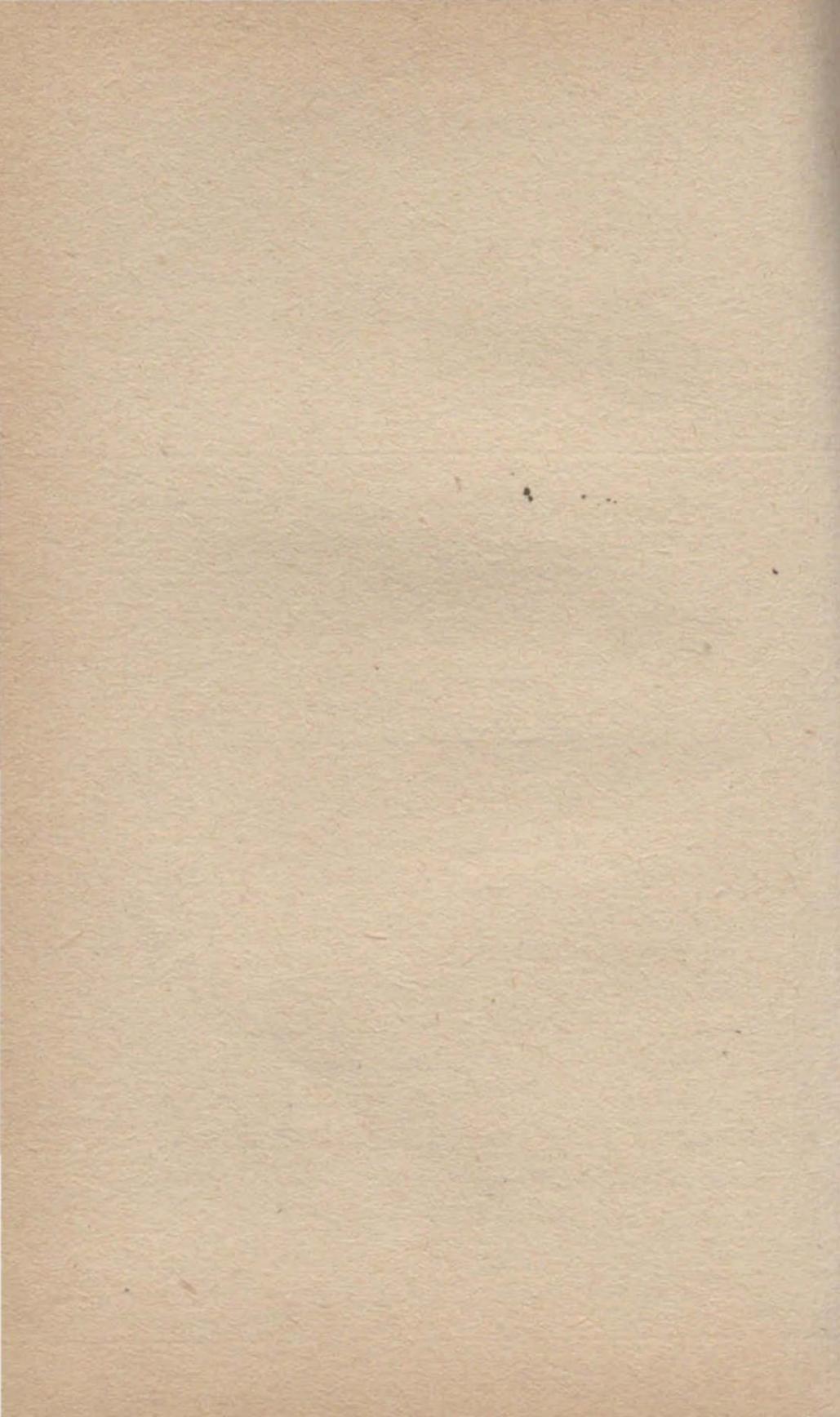
Ustedes, señores, pueden satisfacer mi curiosidad. Hice, muy sincero, mi confesión. Si ustedes creen que yo soy un ángel además relativo regálenme algunos aplausos. Pero si por desgracia me consideran de veras un diablo... muy resuelto no digan nada : yo habré comprendido igualmente.



¡QUÉ VIDA!

MONOLOGO

PARA UN NIÑO DE 11 AÑOS



¡QUÉ VIDA!

Entra cansado, soplando.

¡Uff! ¡Por fin!... déjenme descansar un rato.

Se sienta.

Perdónenme... ¡Si supieran ustedes!

No, no... ¡vamos mal! Ya no aguanto más.

Corta pausa.

Es una vida que no se puede soportar : se lo repito, « no se puede soportar ».

Pausa.

¿Cómo? ¿Alguien se ríe? ¡Bueno! Tengan paciencia y escúchenme.

Ustedes saben muy bien cuánta tarea me da la escuela, y ¡qué rigurosos son los profesores!... ¡con aquella *simpática* aritmética! irónicamente; y con aquella carga de deberes! Ya lo sabemos todos... Hay veces que por el miedo sentimos escalofríos.

Va sin decirlo : el profesor nunca está satisfecho. El problema está mal resuelto. La ortografía es tal, que debería tener vergüenza. La letra pésima. No hablemos de la composición :

dice que está escrita en turco y no en castellano. ¿Les parece a ustedes que yo deba entender el idioma turco?

¡Ah! Llega el turno de la geografía. « ¡Eres un testarudo! » me dice el profesor. Pero... ¿qué culpa tenemos nosotros los niños si muchas cosas no las entendemos?

Ayer, por deber, tenía que contestar por escrito a varias preguntas, y entre ellas, a una que decía : « ¿Cuál es el río más grande de la República? » Es tan fácil, ¿no es verdad? ¡Fíjense ustedes!, no se me ocurrió encontrarlo en seguida.

Voy en busca de papá. Estaba muy ocupado en su mesa de trabajo. Y con mucha dulzura le pregunto : ¡Papá! « ¿Qué hay? »

Imitando la voz.

¿Sabes cuál es el río más grande de la República? « ¡Claro que lo sé! » Dímelo por favor. « ¿Cómo, no lo sabes? Bravo merlo. »

Aparte.

Bravo merlo son palabras que papá aprendió en Italia, según tengo entendido, porque antes que él emprendiera ese viaje, nunca las pronunciaba; no sé bien lo que quieren decir, pero supongo que no se trata de algún elogio. No agregé más; y yo... tuve que retirarme. Corro en busca de mamá. ¡Mamá! « ¿Qué quieres? »

Imitando la voz.

Dime por favor... « ¿Estás siempre aquí tú para fastidiarme cuando tienes que hacer los deberes? Se estudia, señorito, y... si no estudias... nada de paseo, nada de cinematógrafo y... ¡a la cama!... ¡en seguida! » Me retiré con un susto número uno... y me fuí en busca... ¿Saben ustedes de quién?, de Catalina, la cocinera. ¡Estaba lavando los platos! Dígame, le dije, ¿sabe cómo se llama el río más grande de la República? « ¡Cómo! ¿no lo sabe? » me contestó ella. ¡Claro! Si lo supiera no se lo preguntaría. « Pero si todo el mundo lo sabe!... es el río Luján. » Muy bien, gracias, y... frr... a escribir « *el río Luján* ».

¡No faltaba más que eso! Cuando el profesor vió aquello, se le subió la sangre a la cabeza, ¡parecía que quisiera comerme!; yo... temblaba como una hoja. ¡Qué reto me dió! ¡Paciencia al reto! Es la penitencia que me pesa. No se rían por favor. Me ordenó que copiase íntegras las páginas que describen el Río de la Plata; hace tiempo que estoy escribiendo y aun estaría sentado copiando, bajo la vigilancia de mi papá ¡quién sabe hasta cuándo!, si aquella buena mujer de Catalina, con un pretexto cualquiera, no hubiese encontrado el medio de hacerme salir un rato a tomar aire. ¡Pobre mujer!, me quiere mucho; hace poco... hasta lloraba. ¡Claro! Siendo un poco ignorante, ¿qué debe saber ella ni del Río de la Plata, ni del río Paraná?; ella es de Luján, y pueden ustedes figurarse que para ella... el río más grande,

más hermoso, no puede ser otro que el río Luján.

Una voz de adentro llamando :

Enrique.

¡Dios mío! Es mi papá.

La misma voz de adentro.

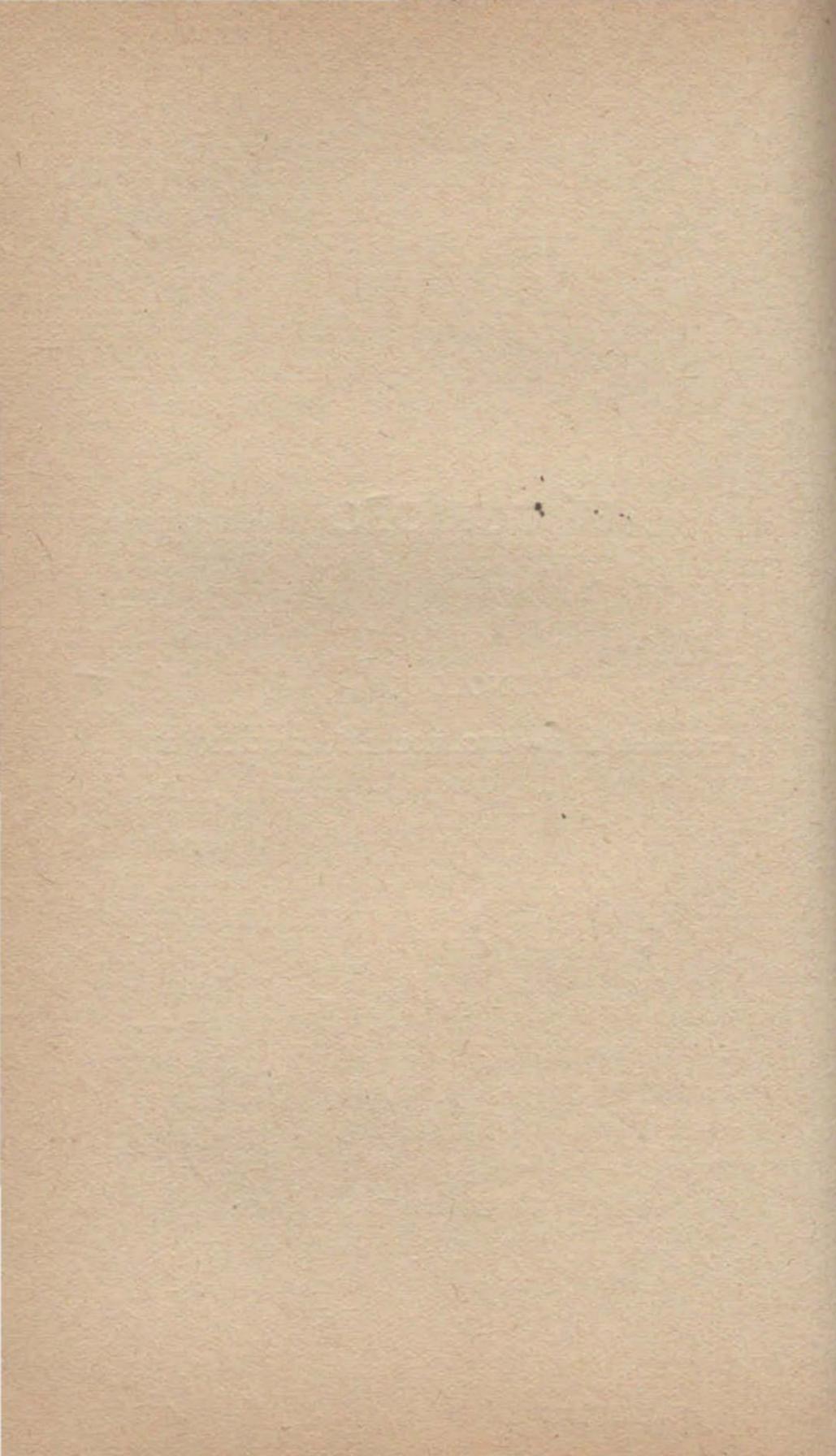
¿Voy a buscarte?

No te incomodes, papá, voy en seguida. ¡Uff, qué vida!

EL CURIOSO

MONOLOGO

Original (francés) de M^{me} ENG. ROULLEAUX DU HOUX



EL CURIOSO

EDUARDITO, con un canasto cerrado y cuatro pájaros vivos, dentro.

¿Qué habrá aquí dentro?

No debe ser un gato... maullaría.

No será un perrito... ladraría.

¿Qué podrá ser entonces?

Depone el canasto.

Oigan, señores. Esta mañana mi abuelita me dijo : « Toma, Eduardito, lleva esto a tu tío; se lo ofrecerás de mi parte, pero, sobre todo, no mires lo que llevas en el canasto, porque si lo abres, que lo sabré bien, esta tarde no te dejaré ir al lago de Palermo a pasear en bote. »

Suspirando.

¡Cuántas veces, desde mi casa a la de mi tío, he pensado ceder al sentimiento de la curiosidad! ¡Emanaba del canasto un olor a duraznos! y como soy bastante malicioso, me dije : « ¡Cómo huele a duraznos... son duraznos! » Llegado a la casa de mi tío, Pepe, el mucamo, se llevó el canasto... lo vació y avisó al tío de mi visita. ¡Oh, qué buen tío! Me dió un apretón

de manos, un paquete de caramelos, y díjome :
 « Eduardito... agradecerás a tu abuelita en mi nombre su fina atención y llevarás este canastito lleno de cosas curiosas que yo le mando, pero, sobre todo, no lo abras, porque lo que está dentro podría saltarte a los ojos... y... ¡cuidado después... ya sabes que tu abuelita no anda con bromas! »

Reflexiona un poco.

No, no es posible que mi tío mande a mi abuelita, que es tan impresionable, alguna mecánica o algún animal que podría saltarle a los ojos y darle miedo.

No; no es a mí a quien se la han de pegar. Quiero saber simplemente qué pasaría si yo abriese este canasto.

Sin embargo, parece que no tienen confianza en mí.

Como disgustado.

¡Creerme capaz de abrir el canasto!... ¡yo..., Eduardito, hacer eso!... ¡vamos, pues!

Toma el canasto como para marcharse. Se detiene.

Pero... ¿qué es lo que puede haber aquí dentro?

Levanta el canasto a la altura de la cara, rápido.

Parece que chirria... ¿qué es lo que puede chirriar como esto?...

Con sorpresa, grita :

¡Ah! ¡Si fuese un ratón!

Deposita el canasto y se aleja simulando miedo.

Tengo miedo... no me gustan esos animalitos que hacen frrr... frrr...

Reflexiona.

Pero los ratones esos no chirrían.

Decidido.

Después... ¿qué me importa?... que sea lo que quiera, no miraré, me lo han prohibido... no lo haré... ¡Marchemos!

Va a irse con el canasto; se detiene, luego depone el canasto y cruza los brazos. Con énfasis.

¡Llevar una hora durazos sin mirarlos, de mi casa hasta la Recoleta, y volverse cargado de un animal que puede saltarnos a la cara... eso se llama tener coraje!

Toma el canasto y se encamina. Luego se detiene otra vez.

Y aunque me obligaran a pasear este animal hasta la extremidad del mundo, lo haría sin abrir el canasto... Sin embargo, no tendría más que hacer *crik* y *crak*. No... no soy tan necio. ¡Pobre abuelita, es tan buena!... ¡Está mal hacer llorar a una abuelita tan buena!

Pausa. Levanta el canasto a la altura del oído y escucha.

¡Caramba! pero... ¡no se mueve más!...
¿Habrá muerto?... ¿Qué va a decirme ahora mi
abuelita?

Tristemente.

Me dirá, « Eduardito : ¿has sido tú el que
has muerto este animalito?... » ¡Adiós, paseo!...
¡Adiós, lago!...

Pero... si en lugar de lloriquear prestara
algún socorro a este avechucho, podría tal vez
salvar la situación. ¡A ver! ¿qué hago?...

Pausa.

Con seriedad y señalando
el corazón.

Hay algo aquí que me grita : « Eduardito te
lo han prohibido. »

Eso es verdad, me han prohibido abrir el
canasto... pero no me han prohibido socorrer
a un semejante...

Corrigiéndose.

¡Qué digo? Al animalito del canasto.
Vamos a ver.

Resuelto abre el canasto.

¡Ya está!

Los pájaros vuelan. Eduar-
dito corre de un lado a otro
y grita :

Agarren los pajaritos... agarren...

Vase poco a poco llorando.

EL RECIÉN LLEGADO

DIÁLOGO

Del opúsculo " BARBARIDADES ITALIANAS "

PERSONAJES

RAMÓN (niño de 13 a 14 años).

ANTONIO (niño de 8 a 9 años, que habla italiano).

EL RECIÉN LLEGADO

RAMÓN

Solo.

Listo es este muchacho que he tomado ahora; activo, trabajador, obediente. Lástima, sin embargo, que no conozca el castellano, de manera que muchas veces hace una cosa por otra. Pero... yo creo que va a aprender.

Llama.

¡Antonio!

Pausa.

Llama otra vez más fuerte.

¡Antonio!

ANTONIO

Entra.

Comandate, signore.

RAMÓN

Vaya a aprontar la mesa : tenemos un señor a comer con nosotros.

ANTONIO

¿Come, signore?

RAMÓN

Apronte la mesa, le he dicho.

ANTONIO

¿Ma come? adesso é quasi mezzodí, e non mi pare piú il tempo...

RAMÓN

¿De qué?

ANTONIO

Di andare alla *messa*; le funzioni religiose sono terminate.

RAMÓN

¿Y quién le ha dicho que vaya a la iglesia?

ANTONIO

Lei.

RAMÓN

No, señor, le digo de arreglar la *mesa* adonde *comemos*, no la *misa*.

ANTONIO

Ah... ¿la *távola* per mangiare?

RAMÓN

Perfectamente. Ponga sardinas con aceite.

ANTONIO

Peró... scusi, da noi le sardine si mangiano con olio.

RAMÓN

Y bueno... eso es, con aceite.

ANTONIO

No signore... con olio, no con aceto.

RAMÓN

Aceite... eso quiere decir *olio*.

Antonio hace seña de haber comprendido.

Y ponga fiambres también.

ANTONIO

Sorprendido.

¡Misericordia! ¿Del fuoco in távola?

RAMÓN

¿Fuego? ¿Cómo fuego?

ANTONIO

¿Non ha detto delle fiamme?

RAMÓN

¡Qué llamas! Digo *fiambres*... los que se comen : jamón, lengua, salame, etc.

Antonio ha comprendido.

No mucho porque estamos en verano y podrían hacer mal.

ANTONIO

¿Verano? ¿Inverno? Ma nò, inverno adesso e in Italia, quí e estate.

RAMÓN

Estate, verano... es lo mismo. Para decir *inverno*, aquí se dice *invierno*.

ANTONIO

¡Quante parole strane! Scusi, sa, padrone : io sono arrivato da poco tempo in América, e non comprendo bene; però apprenderó presto.

RAMÓN

Ya lo creo. Bueno... vaya.

ANTONIO

Se va hasta la puerta,
luego se da vuelta.

Oh... Oh... dica, padrone : ¿Vuol mangiare un po di burro?

RAMÓN

Con asombro.

¿Comer burro? Por mil demonios : ¿qué está diciendo?

ANTONIO

¿Perché? ¿Non le piace?

RAMÓN

¿Si me gusta? ¡Caramba! ¿Cómo puede decir usted semejante barbaridad? ¿Que yo coma burro? Pues no faltaría más.

ANTONIO

¡Per Baco! ¿Tanto le pare strano? Eppure l'altro giorno ho veduto diversi individui che mangiavano burro con pane.

RAMÓN

¿Posible?

ANTONIO

Sicuro... ¡e con che piacere anzi!

RAMÓN

¿Y quiénes eran esos? ¡Borricos también!

ANTONIO

No, signore; non erano *ricos*, eran anzi gente povera.

RAMÓN

¡Gente pobre que come carne de burro! Mire un poquito lo que pasa hoy en Buenos Aires.

Irónico.

Falta carne de vaca y se come la de burro.

ANTONIO

Con esfuerzo.

Ma no... non era carne, era... burro.

RAMÓN

Fuerte.

¿Todo un burro?

ANTONIO

Si... Ademanes relativos del burro tagliato a pezzi e espalmato sul pane.

RAMÓN:

Cambia de tono.

Vaya... vaya... me parece que voy a comprender algo... Ese burro que usted dice... yo creo que era *manteca*.

ANTONIO

De prisa.

Sí, sí, cosí la chiamavano : *manteca*.

RAMÓN

Y bueno... ¿Ustedes lo llaman burro? ¿Sabe ya lo que quiere decir aquí esa palabra?

ANTONIO

Algo miedoso.

¿Che cosa?

RAMÓN

Despacio articulando las palabras.

Quiere decir aquel animal que tiene las orejas muy largas... Señala. Así.

ANTONIO

Sorprendido.

¿Un ásino?

RAMÓN

Asino... eso es.

ANTONIO

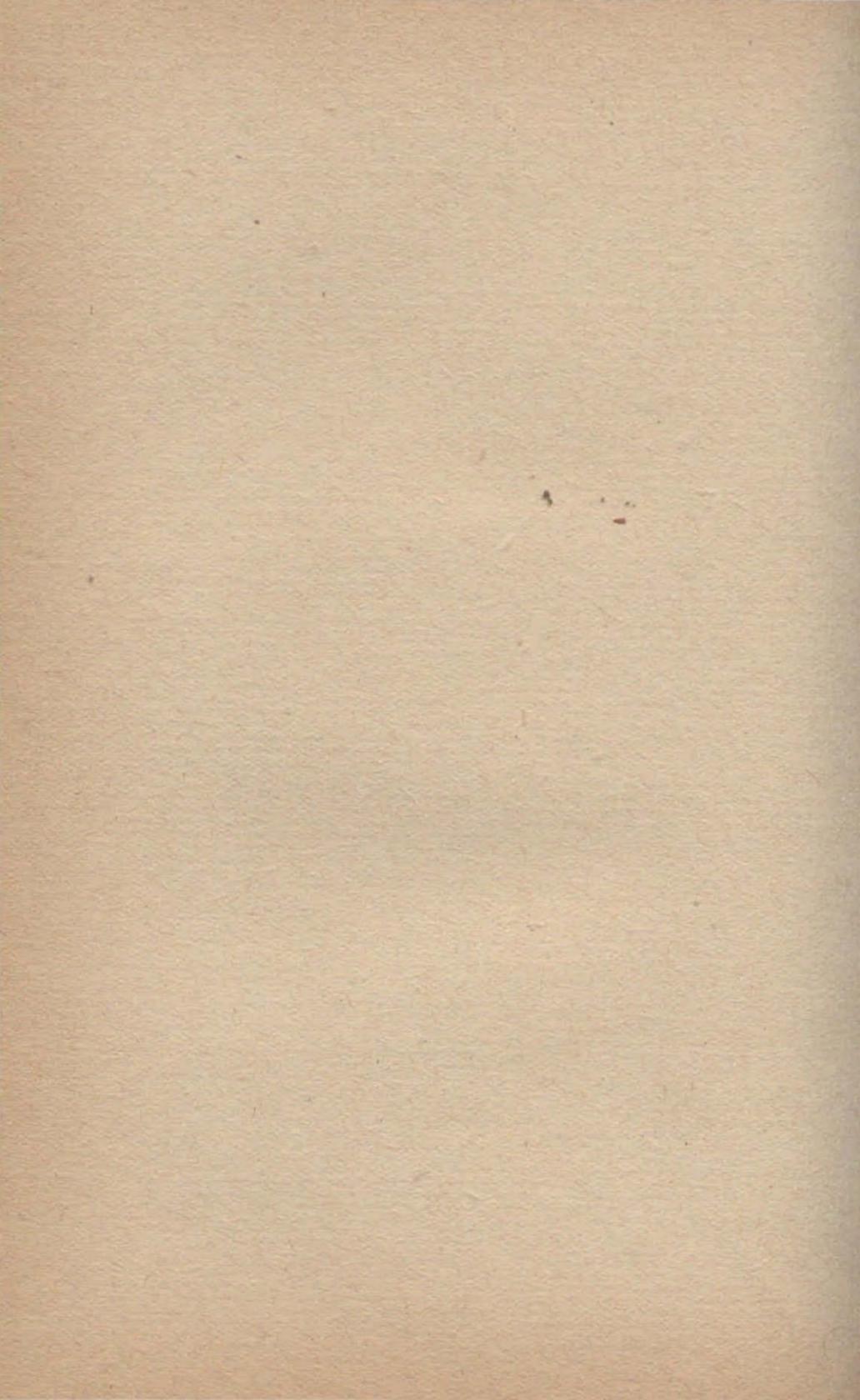
¡Santa Vergine : che Babilonia! Io non comprendo piú niente.

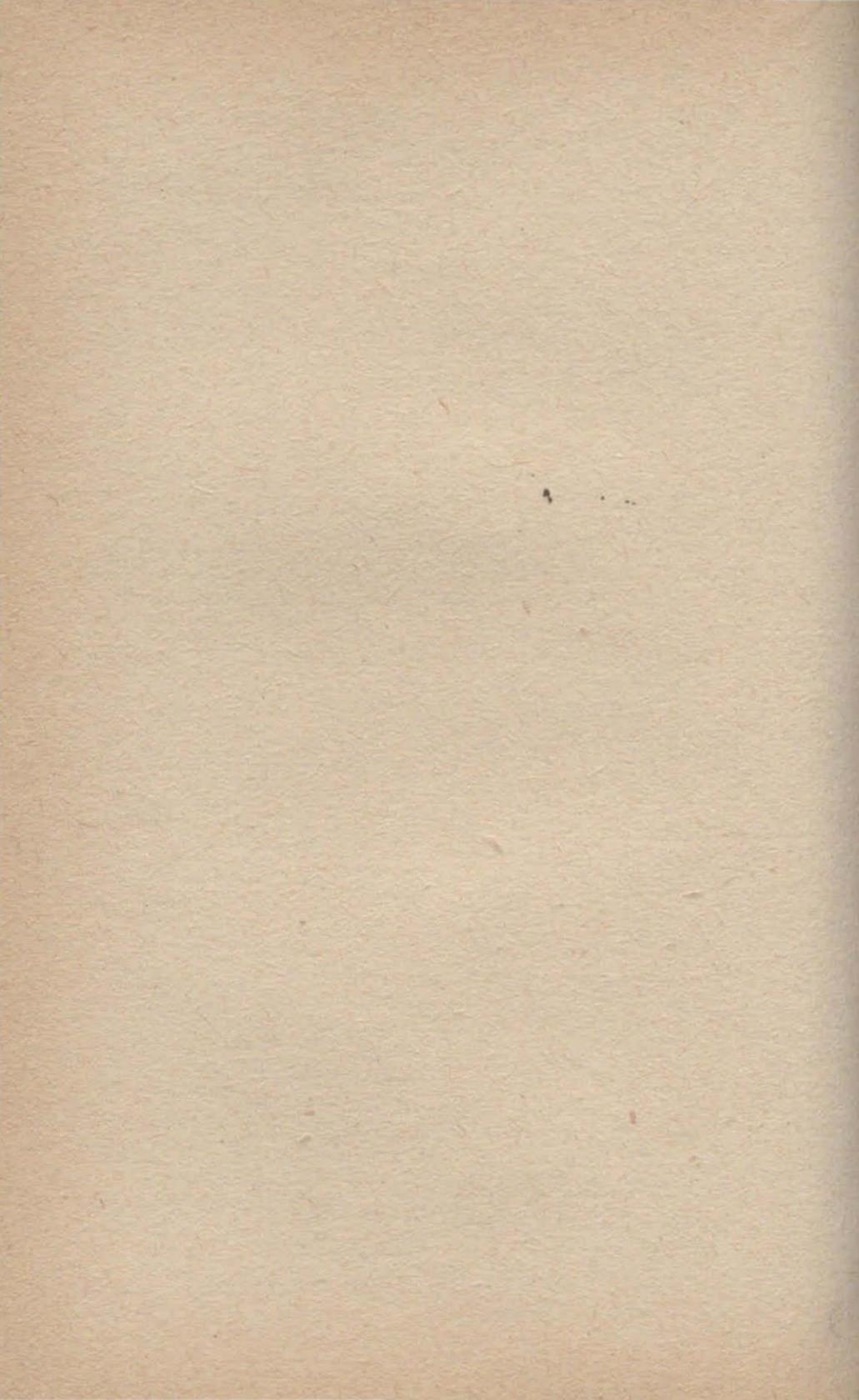
RAMÓN

Y yo tampoco.

SOMBRA Y OXÍGENO

DIÁLOGO, por P. G. A.





SOMBRA Y OXÍGENO

Ricardo y Pepito.

Pepito en la escena se entretiene en desgajar una rama y arrancarle las hojas, preparando un latiguito. Entra Ricardo, y Pepito procura esconder la rama que tiene en la mano.

RICARDO

Entrando.

¿Qué haces aquí, Pepito?

Observa las ramitas y hojas en el suelo.

Aconsejando :

Ya te he dicho que no debes arrancar las ramas de los árboles, porque los árboles son útiles. Repara que si no fuera por ellos señalando los que dan sombra ahora no podríamos estar aquí tan tranquilos, gozando de la sombra y del fresco.

PEPITO

Sí, muy bien... pero, una rama... ¡gran cosa!... y después... con despreocupación era para hacer un latiguito.

Juega con la rama y chicotea.

RICARDO

Tú sacas una rama para hacer un latiguito. Pedro para hacer un bastón... Simón para hacer una horqueta, y así, sucesivamente, todos vamos sacando ramas y el árbol acaba por secarse.

PEPITO

Enfadado.

Al fin no era un árbol tan grande que pudiera dar tanta sombra... así que... ¡gran cosa!

Sigue jugando y arrancando las hojas.

RICARDO

Pero es que los árboles no sólo nos dan la sombra, sino que su madera sirve para construir las casas y los buques, para fabricar los muebles... para hacer los balancines y las hamacas que están en el parque.

PEPITO

¿Y los caballos de calesitas también?

RICARDO

También.

PEPITO

¿Y qué árbol produce caballos de calesitas?

RICARDO

Fastidiado y con ironía.

¡El alcornoque!

PEPITO

Hace un gesto de desagrado.

RICARDO

Y después... que los árboles no sólo nos dan sombra, sino que además purifican el aire.

PEPITO

Puri... ¿qué?

RICARDO

Silabeando con énfasis.

Purifican el aire.

PEPITO

¿Por qué?

RICARDO

Porque de día despiden el oxígeno que nosotros necesitamos para respirar, y absorben el ácido carbónico que nos es dañino; por eso se dice que los árboles purifican el aire.

PEPITO

¿Así es que los árboles nos dan sombra, producen madera y purifican el aire?

RICARDO

¡Exactamente! ¿Comprendes ahora por qué no se debe destruir los árboles?

PEPITO

Sí, he comprendido... pero ésta señala la rama ya la he arrancado... ¿Me dejas que vaya a jugar con Simón?

RICARDO

Sí, vete.

PEPITO

Sale contento, llamando.

¡Simón, Simón!...

RICARDO

Al público.

Y vosotros, amiguitos, que habéis escuchado este diálogo, cuidad siempre los árboles, porque ellos nos son de gran utilidad.

EL CAPRICHOSO

DIÁLOGO, por P. G. A.

PERSONAJES

DIEGO.....	14 años
JUAN.....	} 10 años.
EUSEBIO.....	
ENRIQUE.....	

EL CAPRICHOSO

ENRIQUE

Con un latiguito en la mano, entra buscando a Eusebio, y al no verlo, grita :

¡Eusebio!... ¡Eusebio!

EUSEBIO

Desde adentro.

¿Qué?

ENRIQUE

¿Quieres que juguemos a los caballitos?

EUSEBIO

¡Sí, sí!... Eso es. Espera que traiga un cordel.
¿Tienes el látigo?

ENRIQUE

Sí, pero... ven pronto.

EUSEBIO

Entrando.

Es muy divertido este juego. Aquí está la cuerda; te la voy a atar; tú serás el caballo y yo el cochera.

ENRIQUE

No, no. El caballo serás tú, y yo te guiaré.

EUSEBIO

¡Ah, no! Entonces no juego.

ENRIQUE

Pues bien, seremos cocheros un rato cada uno.

EUSEBIO

Sí, pero... ¿quién empieza?

ENRIQUE

Tú, después yo.

Pasa el cordel por el cuello y debajo de los brazos, tomando Eusebio los extremos por detrás de Enrique. Tomados de esta manera corren por el escenario, Enrique delante, Eusebio detrás, haciendo chasquear el látigo.

JUAN

Entrando.

Yo también quiero jugar.

Se dirige a Eusebio.

Dame las riendas, yo quiero manejar.

EUSEBIO

Ahora le toca a Enrique. Dame la mano y corremos juntos, y cuando te toque te daremos las riendas.

JUAN

¡Oh, no! Yo quiero las riendas en seguida, ahora mismo.

EUSEBIO

¿Ah, sí? Pues bien, no jugarás con nosotros.

Dirigiéndose a Enrique le entrega el látigo y se coloca el cordel pasándosele por el cuello y debajo de los brazos; entrega las extremidades a Enrique.

¡Toma!

ENRIQUE

¡Op, op! ¡Adelante!

Chasquea el látigo y parten nuevamente saliendo por la puerta después de dar dos vueltas.

JUÁN

Se queda solo, muy triste; sigue con la mirada a Eusebio y a Enrique, después que salen los observa desde la ventana.

DIEGO

Entrando.

¿Qué haces ahí, Juancito?

JUAN

Nada.

DIEGO

¿Qué te pasa que estás tan triste?

JUAN

Nada.

Llorando.

DIEGO

¿Cómo nada? Por nada no se llora.

JUAN

Es que Eusebio no ha querido jugar conmigo.

Llorando.

DIEGO

Juan, no dices la verdad. Yo he oído todo. Eres tú quien no ha querido jugar con Eusebio. Tú querías manejar cuando le correspondía a Enrique... ¿Ves cómo se divierten?... Otra vez, amigo, no quiera usted imponer a los demás sus pequeños caprichos... y ahora vamos a buscar a Enrique y a Eusebio para jugar con ellos.

Le toma de la mano y salen juntos.

GUERRA EN TIEMPO DE PAZ

DIÁLOGO

Original (italiano) de ALBERTO CASTIGLIONI

PERSONAJES

ARTURO

JULIO

LUIS

ALBERTO

DANIEL

La escena representa un jardín. Algunos banquillos, sillas de mimbre, una hamaca.

GUERRA EN TIEMPO DE PAZ

LUIS

Solo. Sentado, hamacándose con satisfacción.

¡Ay! ¡Qué hermosura! ¡Qué vientecillo agradable! Ni por todo el oro del mundo me movería de aquí. Debe haber sido, sin duda, un gran hombre el que inventó esta clase de sillones... una especie de Colón, de Galileo...

Con aire de gozo.

¡Qué bien se está! Y pensar que mis hermanos y mis primos encuentran gran placer en correr, saltar, trepar por los árboles... ¡con este calorcito! ¡Vamos! Cada uno se divierte a su modo. Por mi parte, vine al campo para divertirme en santa paz; ellos prefieren correr y saltar bajo los rayos de un sol tan ardiente, con el peligro de una insolación. ¡Qué tontos!

JULIO

Entra por la izquierda.

Luis, Luis. ¿Estás aquí? Pronto, levántate y ven conmigo.

LUIS

¿Qué dices? ¿Levantarme yo? Parece que tengas ganas de embromar.

JULIO

Ninguna broma. Ven que te necesitamos.

LUIS

Oye, Julio. Estoy tan bien aquí, que he resuelto no dejar este sillón, sino para sentarme a la mesa. ¿Es acaso la hora de comer?

JULIO

Estás soñando; es todavía muy temprano.

LUIS

Entonces es temprano también para levantarme.

JULIO

Vamos, no seas tan perezoso.

LUIS

Yo no soy perezoso, pero me gusta estar quieto.

JULIO

Pero... tú descansas desde la mañana hasta la noche. Oye una cosa : hemos convenido jugar a la guerra, para ver quién de nosotros es el más listo.

LUIS

Fastidiado.

¿Qué? ¿La guerra? Sois verdaderamente unos locos. ¡Entablar una guerra en estos pocos días que puedo vivir en paz!... No, no, de ninguna manera. Combatid, pelead con valor, mataos si os place, pero a mí no me da la gana hacer el valiente guerrero.

JULIO

¡Qué complaciente eres!

Con ironía.

LUIS

Todo lo que quieras, pero no soldado.

JULIO

Tienen razón tus amigos al llamarte el *tira-afloja*.

LUIS

Yo no tiro nada, ni mucho menos aflojo.

ARTURO, ALBERTO Y DANIEL

Que entran por el fondo,
y dichos.

ARTURO

En fin, ¿vienen o no?

ALBERTO

¿Estáis todos muertos?

JULIO

Si hablas de Luis, te aseguro que si no está muerto, poco le falta.

DANIEL

¿Te sientes mal, Luis?

LUIS

De veras. Vuestras ganas^a son las que me fastidian.

JULIO

De ninguna manera quiere jugar con nosotros; tiene miedo de cansarse, de sudar.

DANIEL

¡Qué vergüenza! ¡Un hombre que teme la fatiga!

LUIS

Decid lo que se os ocurra, pero no me quiero meter en esos juegos. No tengo miedo de nada, y si estuviere de pie... veríais que valgo tanto como otro. Lo que me pesa es el levantarme de este sillón.

ARTURO

¿Sí?

Habla en voz baja con Daniel. Daniel entra en casa. Dirigiéndose a sus compañeros.

Y bien, hay que tener paciencia, esperaremos que te levantes.

ALBERTO

Esperaremos.

LUIS

Es inútil que esperéis; de aquí no me muevo.

Se oye tocar una campanilla.

DANIEL

Llegando muy apurado.

¿No habéis oído la campanilla? Es la hora de comer; la guerra la haremos más tarde.

ARTURO

Con galantería, a Luis.

Espero que la comida siquiera tendrá el poder de hacerte levantar.

LUIS

Ah, sí; el sonido de aquella campanilla tiene para mí tanta atracción como la que tiene el asiento de esta hamaca.

Se levanta despacio. Arturo y Daniel, tomándolo de los brazos, lo ayudan, mientras Julio lleva el sillón un poco más lejos.

ARTURO

Por fin. A Luis. Ahora que estás de pie, ¿cumplirás la promesa de jugar con nosotros?

LUIS

Con sorpresa.

¡Cómo! ¿jugar? ¿Y la comida?

ALBERTO

Falta aún media hora.

LUIS

Pero, ¿la campanilla?

DANIEL

La he tocado yo para inducirte a levantarte.

LUIS

¡Ah! ¿Me habéis engañado? Pues no me doy por vencido; prueba de esto es que me vuelvo a sentar cómodamente.

Vuelve a sentarse, pero no hallándose ya la silla, cae al suelo. Todos se ríen.

¡Ay, ay!

ARTURO

Ya ves que sin guerrear has caído. Tú eres el primer herido, el primer muerto.

LUIS

Levantándose y palpándose.

Al diablo todos. Estoy medio destrozado; debo tener alguna cosa rota.

DANIEL

¿Qué cosa? ¿Te has roto acaso la cabeza?

ALBERTO

¡Ah! ésa es demasiado dura.

LUIS

¡Gente sin corazón!

ARTURO

Vamos, no hagas tantas muecas y ven a jugar con nosotros. Será mejor para ti, porque de otro modo no te dejaremos ni un minuto en paz.

JULIO

Si te sientas, te obligaremos a levantarte.

DANIEL

Si te duermes, te haremos cosquillas y haremos pedazos tu hamaca.

ALBERTO

Y la quemaremos.

LUIS

Asustado.

¡No, no... por caridad! Me doy por vencido.

ARTURO

Por fin.

JULIO

Se necesitaba mucho.

LUIS

Pero... tened misericordia de mí. ¿Lo veis? Estoy herido.

Con tono compasivo.

Necesito reponerme con un buen bife y un par de huevos. En este momento sería un soldado inútil... Suspendamos el combate hasta después de la comida.

DANIEL

Sea, no más.

ARTURO

Pero, mira que si la tuya es una maniobra para engañarnos, te equivocas mucho. No te dejaremos un instante, ni en la mesa. Tú eres ahora prisionero nuestro.

LUIS

¡Ojalá! Siquiera en la cárcel no se hace la guerra y se puede dormir.

ARTURO

Nosotros somos enemigos buenos y generosos.

Acercándole la silla.

Toma, siéntate hasta la hora de comer, porque después tendrás que marchar, te lo digo yo.

LUIS

Sentándose.

Gracias. ¡Que el buen Dios te prepare un sillón igual en el Paraíso!

Despacio, se duerme. Los demás se apartan un poco.

JULIO

¡Pobre Luis! Esta guerra que viene a turbar su paz, es una piedra que le cae sobre la cabeza.

DANIEL

Pero... ¡Si es tan haragán! ¡Cómo nos reiremos después del almuerzo!

JULIO

¡Cuántas cosas le vamos a hacer!

ARTURO

Sí, pero... sin hacerlo caer como recién porque el hueso *sagrado* debe ser respetado.

Luis ronca.

JULIO

Oíd cómo ronca.

DANIEL , . . .

Es cierto.

LUIS

Soñando.

¡Abajo la guerra!

ARTURO

Es perezoso hasta cuando duerme.

LUIS

¡Abajo la guerra!... ¡Vivan los bifés!

Se oye la campanilla de adentro.

DANIEL

Piensa en los bifés aun cuando sueña.

ARTURO

Sacude a Luis.

Dormilón... Despierta... Los bifés te esperan.

LUIS

¿Los bifés?

Despierta y se refriega los
ojos.

¿Decís la verdad?

ARTURO

¡Claro! ¿No oyes la campanilla, el sonido que
tanto te agrada?

LUIS

Pero... ¿toca seriamente esta vez?

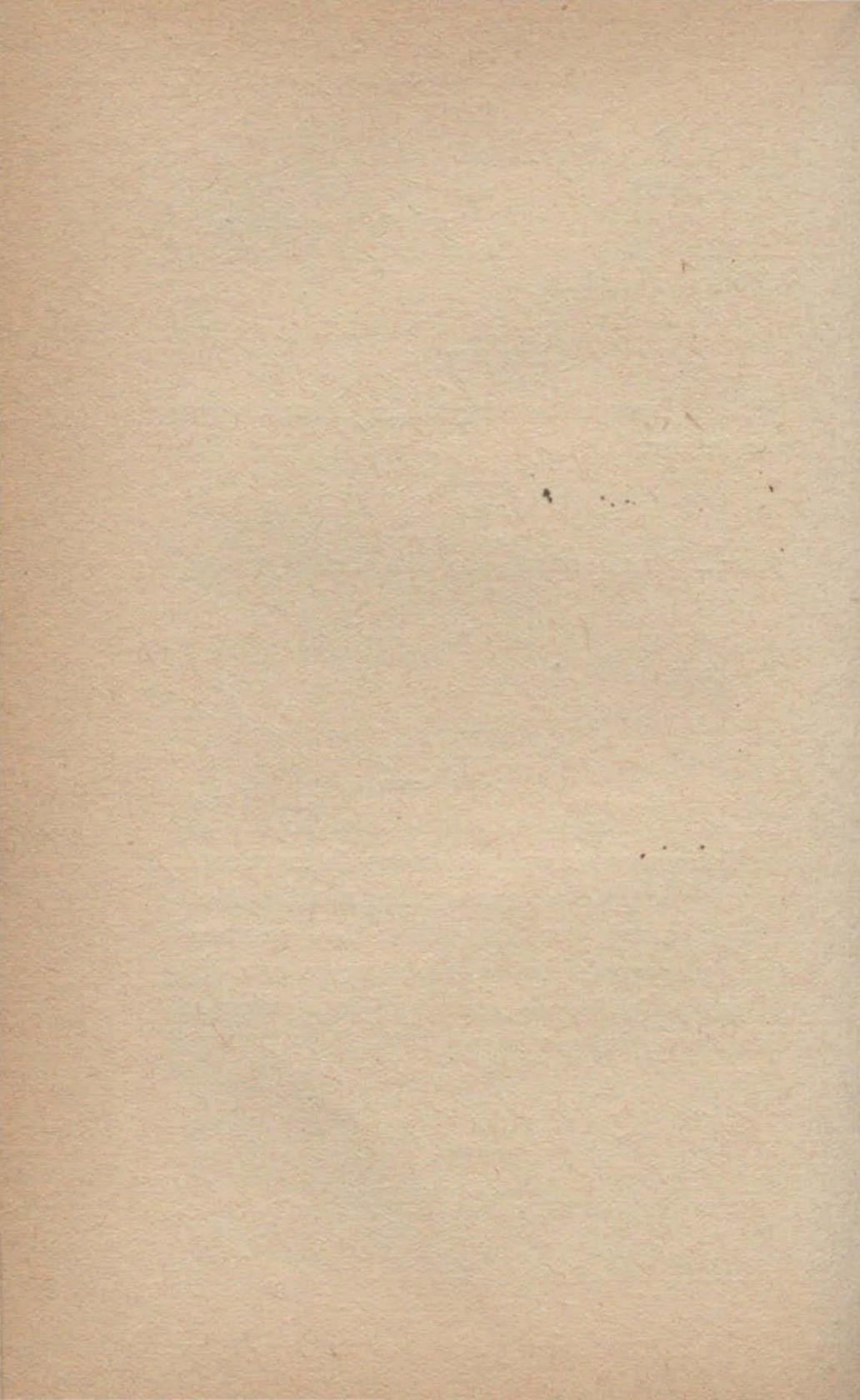
ARTURO

De veras.

LUIS

Se levanta.

Entonces ¡coraje! Vamos a manejar las armas. Estaremos siempre armados de tenedores, cucharas y cuchillos; causaremos muchas heridas a la carne y a los pollos; nos reiremos mucho y, como siempre, acabaremos con que nuestros proyectos de guerra se convierten en la paz de un buen reposo.



LOS SUPERSTICIOSOS

DIALOGO, por P. G. A.

PERSONAJES

VENANCIO.....	}	niños de 10 a 13 años.
LUIS.....		
CARLOS.....		
JULIO		

LOS SUPERSTICIOSOS

VENANCIO

Dirigiéndose a Julio.

¿Y por qué preveíais que se había de cortar la cuerda del grafófono?

JULIO

Figúrate, Venancio, que esta mañana en cuanto salí a la calle, lo primero que vi fué un caballo blanco. ¡Malo!, pensé en seguida : « el día no puede terminar bien, y alguna desgracia me há de suceder. »

Dirigiéndose a los demás.

¿No es verdad que vine pronto a contarlo?
¡Ya ven, ya ven!

VENANCIO

¿Y tú crees en esas tonterías?

JULIO

Serán tonterías, pero yo lo creo. Ya ves si tengo razón... ¿por qué se corta hoy la cuerda del grafófono y no se cortó ayer... o se corta mañana? ¡Ya ven!

VENANCIO

¡Pobre Julio! ¡Y yo que hasta ahora te consideraba un niño vivo e inteligente! ¡Qué equivocado he estado!

CARLOS

Venancio tiene razón; éstas son niñerías. Yo he hallado tantos caballos blancos y jamás me ha sucedido ninguna desgracia. Ahora, si me dijerais que cuando se derrama la sal sobre la mesa, sucede algún contratiempo desgraciado, entonces es otra cosa. En eso sí creo yo también...

VENANCIO

Riéndose.

¿Qué es lo que crees?

CARLOS

Fastidiado.

¡Bah! Creo que cuando se derrama la sal, trae desgracia. Y de esto no hay mucho que reirse, porque figúrense que la otra mañana, mientras estábamos almorzando, derramé el salero; Adolfo que estaba sentado a mi lado, me dijo : « Seguro que te va a suceder alguna desgracia. » ¡Jamás me lo hubiera dicho! Apenas llegué a la escuela, el maestro me puso en penitencia.

VENANCIO

Riéndose.

Pero... ¿por qué te puso en penitencia?

CARLOS

Por nada... porque no llevé los deberes.

VENANCIO

Riéndose.

Otra vez, si vuelves a volcar el salero, trata de hacer los deberes y verás como no te sucede desgracia alguna.

LUIS

Eso de la sal, será cosa de niño; pero cuando se derrama el aceite... ¡entonces sí!...

VENANCIO

Con ironía.

¡Bravo! ¡muy bien! En eso del aceite que se derrama, yo también creo..., porque el aceite es caro y si se vuelca en el suelo no se puede aprovechar, y, además, mancha el piso... La desgracia es para papá. Se ríe que tiene que comprar más.

JULIO

¿Entonces tú no crees tampoco en el martes?

VENANCIO

Aguantando la risa.

¿En el martes, uno de los siete días de la semana?

JULIO

Enojado.

Sí; ¿qué opinión tienes del martes?

VENANCIO

Con ironía.

¡Muy buena! Yo lo creo un día tan recomendable como todos los demás; se queda adonde lo colocaron, guarda abstinencia y ayuna durante todo el año, y por lo que tengo entendido, jamás se trabó en pelea con nadie, ni siquiera con el lunes, ni con el miércoles que son sus vecinos.

JULIO

Y, sin embargo, hay muchas personas y gente instruída que podrían probar con hechos palpables que el martes siempre ha sido un día desgraciado y de mal agüero para todos; de ahí viene ese refrán antiguo : « Martes, no te cases ni te embarques. »

LUIS

Adolfito cree a pie juntillas en eso del martes, como también en la fatalidad que acarrea el

número trece; por ejemplo : ser trece en un paseo; sentarse trece a la mesa, etc.

VENANCIO

Interrumpiendo.

¿Qué ocurre?

LUIS

¡Pues nada! Que uno de los trece muere antes...

CARLOS

¡Claro!

JULIO

¡Claro!

VENANCIO

Lo que es claro es que sois unos ridículos. Por ventura, ¿creéis que se vive eternamente?, ¿o que tenemos que morirnos todos a la vez? Si continuáis con estas tonterías, acabaréis por creer en los espíritus, en las brujas, en los castillos encantados, en las hadas, en los fantasmas y otras mil « zonceras » que no tienen pie ni cabeza. Bueno, doblemos la hoja. Yo no he venido para eso. He venido con el propósito de invitaros a un paseo en vaporcito por el Tigre.

CARLOS

¡Muy bien!

JULIO

Aceptado.

LUIS

Perfectamente.

VENANCIO

Pero... intencionadamente hay un inconveniente.

CARLOS

¿Cual?

LUIS

Se salvará.

JULIO

¡No será un imposible!

VENANCIO

Es que mi hermano no puede ir otro día y el vaporcito estará disponible solamente el martes.

JULIO

Con desagrado.

¡Caramba!

CARLOS

¡Mire eso!

LUIS

¿Es posible?

VENANCIO

Con ironía.

¿Entonces no se realiza?

JULIO

A Venancio, dispuesto a aceptar.

Tú dices...

CARLOS

Interrumpe.

Si no hay que creer...

JULIO

Si Venancio no tiene temor... yo creo...

CARLOS

Sí, sí.

JULIO

Sí, sí.

VENANCIO

¡Muy bien! Así me gusta, que seáis sensatos y que os dejéis de malos agüeros y de pavadas. Con que tomando su sombrero hasta el martes a las 8.

LUIS

¿Dónde?

VENANCIO

En mi casa.

CARLOS

No, mejor en la estación.

VENANCIO

Bueno, en la estación. ¡Cuidado en faltar! Si no voy a creer...

LUIS

A sus amigos.

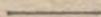
¿Lo acompañamos?

CARLOS

¡Vamos todos!

Salen.

EL VALIENTE



COMEDIA

PERSONAJES

ROBERTO.....	9 años
EDUARDO.....	12 años
MARIO	6 años

EL VALIENTE

ROBERTO

Estudia paseando.

La República Argentina se divide en 14 provincias y 10 gobernaciones. Las provincias...

MARIO

Entra.

¡Roberto!, ¿qué haces? ¿Estudias? Estás solito... ¿No tienes miedo?

ROBERTO

¿Miedo?, ¿de qué? Yo no conozco ese animal.

MARIO

¿De veras? Oh... pero tú eres un hombre... y yo...

ROBERTO

¿Tienes miedo?, ¿de qué?

MARIO

Dime, Roberto... ¿hay brujas?

ROBERTO

¿Por qué me preguntas eso?

MARIO

Escucha : te lo voy a decir... pero... no te mofes. ¿Sabes? Anoche, un poco antes de cenar, oí en aquella pieza un ruido... un ruido tan extraño... que me pareció fuese... una bruja.

ROBERTO

¡Ah!

Entre sí.

Voy a divertirme un poco...

A Mario.

Es cierto... brujas hay muchas : ayer mismo he visto una.

MARIO

¿Y no has muerto? Ah, Roberto, ¡qué valiente eres!

ROBERTO

Lo que es yo, ni me moví. Aquí mismo, estaba yo estudiando mi lección, cuando me sorprendió un golpe fuerte... así... después otro... después otro contra escena de Mario y allí, por aquella puerta, veo entrar un fantasma

alto, cubierto de una sábana blanca : tenía los brazos abiertos... se me aproximaba como para agarrarme... y yo tomé la regla, así, el fantasma estaba casi encima...

MARIO

Llora.

Cállate, Roberto, basta... yo me siento morir.

EDUARDO

Entra.

¿Qué tienes, Mario?, ¿por qué lloras?

MARIO

Roberto estaba contándome... de un fantasma... y yo... tengo miedo...

EDUARDO

A Roberto que está riéndose.

¡Malo! ¡Pícaro! ¡Pobre chiquilín!, ¿por qué lo atemorizas? ¿No sabes que le puedes hacer daño?

ROBERT

¡Ah! ¡Ah!

Se ríe.

EDUARDO

A Roberto.

¡Malol

A Mario.

Ven conmigo. Y tú, Roberto, estudia tu lección, que si no la sabes, ya nos arreglaremos con papá.

Lo amenaza. Se van.

ROBERTO

¡Auff! ¡Qué fastidiosos! Eduardo, mi hermano mayor, se da mucha importancia... se cree un vicepapá... a veces se da un pisto... como un capitán. Mario... mi primito... no sabe nada... si vuela una mosca se asusta... si se habla de un ratón, se desmaya. Y como en su casa no tiene compañeros con quienes pasar el día, me lo veo siempre aquí, dispuesto a fastidiarme, y hasta me toca hacer el papel de niñera, jugar con él, entretenerlo, acompañarlo.

Imitando.

¡Roberto! Lleva a Mario a la cocina, llévalo al fondo... dale de comer, de beber, etc., y el chico se agarra a mi brazo... y tiembla... y llora... y... a veces, con sus historias se me pega el miedo, también a mí, con sus fantasmas.

Reflexionando.

¡Brujas! ¡fantasmas! ¿Quién sabe si habrá o no habrá? Papá dice que no, pero mi tía Ramona asegura que sí. Hasta me contó ciertas historias capaces de erizar el pelo a cualquiera.

Oye un golpe.

¿Qué es eso?

Miedoso. Otro golpe.

¡¡Otro!! ¿Qué será? Más vale que dispare...

Trata de irse, pero se percibe de un fantasma. Emite un grito.

¡Mamá! ¡Eduardo! Corre...

Se esconde debajo de la mesa.

EDUARDO

Que estaba cubierto con una sábana blanca, seguido por Mario, descubriéndose en seguida.

Muy bien, señor valiente...

Se ríe.

¿No le parece a usted que esto es miedo y del bueno?

ROBERTO

¡Ah! ¿eres tú? A la primera impresión...

Trata de excusarse.

La sorpresa...

EDUARDO

Burlándose.

Vamos, pues, señor farsante; no seas mentiroso, confiesa que tuviste miedo y que hiciste mal en burlarte de Mario. Todos tenemos algún defecto, y si queremos ser perdonados en los nuestros, tenemos que ser generosos para con los otros, sobre todo cuando se trata de criaturas señalando a Mario como este angelito, tan bueno. ¿Lo ves? Él también se ríe del chasco que te has llevado.

ROBERTO

Eduardo : esta vez tienes razón; y tú, Mario, perdóname, y vamos al patio a jugar.

MARIO

¿Al patio? pero... casi es de noche... y si se aparece algún fantasma... ¿lo matarás?

ROBERTO

¡Claro, pues!

LOS CARACTERES OPUESTOS



SAINETE EN UN ACTO

PERSONAJES . . .

DESIDERIO (amo de casa).

ORLANDO (criado que hace todo muy aprisa).

PRUDENCIANO (criado, muy lerdo; habla y acciona con lentitud.)

LOS CARACTERES OPUESTOS

ESCENA I

Desiderio, solo.

Ya me lo habían dicho. La servidumbre es una plaga social; es una calamidad. La lucha que forzosamente debemos sostener para vernos servidos a nuestro gusto se hace cada día más terrible. Esos benditos sirvientes, aun cuando son fieles, siempre tienen sus inaguantables defectos; quieren servir a su manera. Yo, por ejemplo, como soy solo en casa, tengo para los quehaceres dos criados... bastante buenos, pero... dos caracteres tan opuestos, que a veces me vuelven loco.

Llama.

¡Prudenciano!

ESCENA II

Prudenciano y dicho

PRUDENCIANO

Desde dentro.

Voy, señor, voy.

DESIDERIO

Ya se necesitará un poco de tiempo antes que llegue.

Pequeña pausa.

Pero, Prudenciano, ¿vienes o no?

PRUDENCIANO

También dentro.

¡Voy!

DESIDERIO

Voy, voy; ven pronto.

PRUDENCIANO

Entra.

Heme aquí.

DESIDERIO

Pero, ¿cuánto tiempo empleas?

PRUDENCIANO

Es que estaba sentado.

Pronunciando siempre las palabras con lentitud.

DESIDERIO

Es difícil levantarse de un sillón, ¿no es verdad?

PRUDENCIANO

Se necesita prudencia. Muy fácilmente se lastima uno.

DESIDERIO

Buena es la prudencia, pero se necesita un poco de energía. Imita a Orlando.

PRUDENCIANO

¿A aquel desesperado?

DESIDERIO

En algo, no digo en todo.

PRUDENCIANO

No, no; mejor es mi prudencia.

DESIDERIO

Escúchame, Prudenciano. Ahora llamaré a Orlando : procura aprender de su presteza. ¡Orlando!

Llamando.

ESCENA III

Orlando y dichos

ORLANDO

Sale precipitadamente tirando al suelo una silla.

Aquí estoy. ¿Qué desea?

DESIDERIO

Que tengas más calma.

ORLANDO

¿Quiere usted que sea un flemático como Prudenciano? Entonces sí que sería usted seruido con prontitud.

PRUDENCIANO

Al andar tan de prisa, no haces más que disparates y perjuicios.

DESIDERIO

Basta. Tú, Orlando, ven conmigo a la otra sala, y tú, Prudenciano, arregla esta habitación.

Sale con Orlando.

PRUDENCIANO

Toma una silla y se sienta.

De modo que tengo que arreglar esta sala :
¡Está bien! Se necesita prudencia para no cau-

sar ningún desperfecto, y después, y muy principalmente, para no perjudicar mi salud. Con facilidad se echan a perder las cosas, y muy fácilmente suda uno, viene en seguida un resfriado, un constipado, y... ¡a la Chacarital... Se necesita calma. ¡Pensémoslo bien! Primero colocaré a un lado las sillas, luego echaré agua para no levantar polvo y en seguida barreré, empezando de esta parte, y, poco a poco, reuniré toda la basura a la puerta. Después me sentaré para descansar, y he aquí que todo queda hecho pronto y bien.

ESCENA IV

Desiderio y dicho

DESIDERIO

¿Cómo? ¿Todavía no has arreglado la sala?

PRUDENCIANO

Poco, pero bien hecho.

DESIDERIO

Pero, tú no haces nada.

PRUDENCIANO

¡Tenga paciencia!

DESIDERIO

¡Qué paciencia ni que...!

PRUDENCIANO

Mire usted, señor...

DESIDERIO

Si sigues así, me veré obligado a despedirte y tendré sólo a Orlando.

PRUDENCIANO

Sí, sí, ya verá usted.

DESIDERIO

¡Acabemos! Vete a hacer lo que hace Orlando y Orlando vendrá aquí a arreglar esta habitación. ¡Orlando!

Llamando.

ESCENA V

Orlando y dichos

ORLANDO

Aquí estoy; ¿qué se le ofrece?

Viendo la sala.

¡Ja, ja, ja! Prudenciano todavía no ha hecho nada; ¡qué infeliz!

PRUDENCIANO

Calma, señor Orlando, calma.

DESIDERIO

Prudenciano, vete al otro cuarto, y tú, Orlando, arregla esta habitación; pero cuida de hacer bien las cosas.

PRUDENCIANO

Cuidado con romper alguna silla, ¿eh?

En son de burla.

ORLANDO

La romperé sobre tu cabeza.

DESIDERIO

Vamos.

Sale con Prudenciano.

ESCENA VI

Orlando, solo.

Recoge las sillas con precipitación. Limpia con el plumero el escritorio. Coloca de nuevo las sillas, tirando una a los pies de Desiderio, que entra.

ESCENA VII

Desiderio, Prudenciano y dicho

DESIDERIO

¿Me quieres matar?

PRUDENCIANO

Se ríe.

Mira, mira qué bien lo hace.

DESIDERIO

Podrías hacerlo más despacio; ¿no ves que lo echas todo a perder?

ORLANDO

No es nada, no es nada.

Continua arreglando.

DESIDERIO

Tose.

Prudenciano, vete a buscar un poco de agua.

Sigue tosiendo.

PRUDENCIANO

¿Cómo la quiere usted?

DESIDERIO

Un poco de agua, he dicho; anda al momento.

ORLANDO

¿Voy yo?

DESIDERIO

No; que vaya Prudenciano.

PRUDENCIANO

Pero... ¿la quiere usted del pozo o de la canilla?

DESIDERIO

De donde quieras con tal que vuelvas pronto.

PRUDENCIANO

Voy y vuelvo en seguida.

ORLANDO

Riéndose con ironía.

Sí, puede usted esperar sentado.

PRUDENCIANO

¿Qué dices?

DESIDERIO

Vete, he dicho; no me hagas perder la paciencia.

PRUDENCIANO

Voy.

Vase despacio.

ESCENA VIII

Desiderio y Orlando

DESIDERIO

No sé si para arreglar debe hacerse tanto ruido.

ORLANDO

Tengo seguridad que Prudenciano no lo hubiera hecho en todo el día.

DESIDERIO

No digo que seas como Prudenciano, sino que aprendas de él a tener un poco más de calma.

ORLANDO

Ni pensarlo : no quiero aprender nada de él, señor : ¿es buena el agua?

Con intención.

DESIDERIO

Ahora vendrá. ¡Prudenciano!

Llamando.

ORLANDO

Con ironía.

Calma, señor, calma.

DESIDERIO

Pero... anda aprisa.

PRUDENCIANO

De adentro.

Voy en seguida.

ORLANDO

Riéndose.

¿Y el agua?

DESIDERIO

Pero, Prudenciano, ¿vienes o no?

ESCENA IX

Prudenciano y dichos

PRUDENCIANO

Aquí estoy.

Sin el agua.

DESIDERIO

¿Dónde está el agua?

PRUDENCIANO

¿La quiere usted en una copa o en una taza?

DESIDERIO

Con rabia.

Ve tú, Orlando.

ORLANDO

Voy.

Va.

DESIDERIO

Si a alguno se le ocurre una necesidad urgente, tiene tiempo de morir.

Se oye ruido de platos, vasos, etc., que se caen.

PRUDENCIANO

Asustado.

¿Oye usted?

ESCENA X

Orlando con el vaso y dichos

ORLANDO

He aquí el agua.

DESIDERIO

¿Qué has hecho?

ORLANDO

Nada, nada.

DESIDERIO

¿Cómo que nada?

ORLANDO

Se cayeron algunos platos, pero no es nada.
Beba, beba usted.

DESIDERIO

Quiero ver lo que has hecho.

Vase.

ESCENA XI

Prudenciano y Orlando

PRUDENCIANO

¡Qué buenas ganancias proporcionas al señor!

ORLANDO

Tú te callas, si no quieres que te eche el agua a la cara.

PRUDENCIANO

¿A que no eres capaz?

ORLANDO

¿No? Toma.

Se la tira.

ESCENA XII

Desiderio y dichos

DESIDERIO

Lo que se ha roto vale por lo menos 50 pesos.

ORLANDO

¡50 pesos!, ¡no es nada! ¡¡50 pesos!! es una bagatela.

DESIDERIO

Silencio, siéntate y no te muevas hasta que te lo diga.

Saca una libreta y se sienta al escritorio, dando la espalda a los sirvientes.

ORLANDO

Obedezco.

Se sienta, sin mirar, en la silla donde está el sombrero del señor.

PRUDENCIANO

¡Pobre sombrero! ¡Mire usted, señor!

DESIDERIO

¿Qué dices?

Sin mirar.

PRUDENCIANO

¿Dónde está su sombrero?

DESIDERIO

Sin darse vuelta.

Qué sé yo; búscalo.

PRUDENCIANO

Se acerca a Orlando.

Levántate.

ORLANDO

No quiero, el señor me ha dicho que no me moviera.

DESIDERIO

Siempre sin darse vuelta
y distraídamente.

No, no, déjalo; debe estar ahí quietito; sin moverse.

PRUDENCIANO

¡Pobre sombrero!

DESIDERIO

Al público.

Se necesita verdadera vocación para tratar con estos tipos tan originales.

ORLANDO

Señor; estoy cansado de estar sentado y sin hacer nada.

DESIDERIO

Espera un poco, después tendrás que hacer.

Sigue tomando apuntes
sin mirar a los sirvientes.

ORLANDO

Al notar el sombrero, se levanta.

¡Uya, uya! ¡Lo que hice por obedecer! Esta vez la culpa es del señor. El quiso que me sentase.

Mira el sombrero y hace muecas.

DESIDERIO

¿Qué haces ?

ORLANDO

Nada.

PRUDENCIANO

¡Pobre sombrero!

DESIDERIO

Se da vuelta.

¡De quién es ese sombrero!

ORLANDO

El suyo.

DESIDERIO

¿Cómo?, ¿mío?, ¿en ese estado?

ORLANDO

¡La culpa es suya!

DESIDERIO

¡Mía! ¿Y por qué?

ORLANDO

Usted me mandó que me sentase y aquí estaba el sombrero.

DESIDERIO

¿Yo? ¿Puede haber atolondramiento mayor?

A los dos sirvientes.

¡Retiraos de aquí!

Los sirvientes salen. Dirigiéndose al público.

Señores : ¿Han visto ustedes? ¿Cómo es posible vivir de esta manera? ¿Qué debo hacer con estos dos torpes? Si los echo vendrán otros dos tal vez peores. ¡Paciencia! Haré todo yo : de patrón y de sirviente.

EL HADA DE LAS MUÑECAS

COMEDIA EN UN ACTO

Original de GUIDO GIANNINO

PERSONAJES

MARÍA (criada).....	9 años
ALFREDO.....	10 años
DORA.....	11 años
LA SEÑORA PALMIRA.	

La escena tiene lugar en un patio o en un jardín.

EL HADA DE LAS MUÑECAS

ESCENA I

María y Dora

MARÍA

En actitud humilde, a Dora
que tiene una linda muñeca.

Vamos... déjemela ver un minuto solo.

DORA

Como fastidiada.

¡Uff! He dicho que no. Si tú la miras se
pone fea.

MARÍA

¡Eh! Tan sólo con mirarla no se va a gastar,
y después... será por un minuto solo.

DORA

He dicho que no... y no.

Se da vuelta y pasea arro-
gantemente.

MARÍA

Afligida y mirándola.

¡Qué arrogante y sin corazón! ¡Tratarme de este modo porque no tengo una muñeca!

DORA

Y después... Si quieres una muñeca, tienes que hacer como yo.

MARÍA

Con sorpresa.

¿Cómo? Dígame.

DORA

Tienes que pedirla.

MARÍA

¿A quién? Papá y mamá alcanzan a proporcionarme tan sólo lo necesario; abuelo... no tengo...

DORA

Tienes que pedirla a quien yo la pedí.

MARÍA

¿A la señora Palmira?

DORA

¡Pero... qué! A el hada.

MARÍA

Con sorpresa.

¿A el hada? Pero... ¿existe el hada de las muñecas?

DORA

¡Claro! Si esta muñeca me la dió ella, quiere decir que existe.

MARÍA

¿La vió usted alguna vez?

DORA

Yo no, porque estaba dormida, pero... encontré la muñeca cuando desperté.

MARÍA

Asombrada.

¿De veras? ¿Y cómo se hace para llamar a el hada?

DORA

Con indiferencia.

Con la boca : dile que te dé una muñeca.

MARÍA

¡Quién sabe si a mí querrá regalármela!

DORA

Con importancia.

Eso sí que será difícil... puede ser... pero...
con esa cara de china...

MARÍA

Mortificada.

Con esa cara de china... ¡paciencial no será
tan linda; pero en fin... a Dora ¿y si no me la
trajera?

DORA

La echas de menos.

MARÍA

Esperemos... ensayaré... pero... ¡quién sabe!

DORA

¿Quién sabe? Se necesita tener coraje, mane-
ras elegantes, lindas palabras, y después...
estar un poco bien vestida; si te ve con esa
ropa, se da vuelta en seguida.

MARÍA

Me pondré el vestido de fiesta, no tengo otro
mejor.

DORA

Riéndose.

¿Ese vestido que yo llevaba hace dos años, para ir a la escuela? ¡Linda cosa!...

Resuelta.

¡Oh! estoy cansada de tus preguntas; me voy; mañana te preguntaré cómo ha ido la cosa, y me enseñarás tu muñeca africana.

Vase, dándose importancia.

MARÍA

Tristemente.

¡La muñeca africana!... ¿por qué?... Oh, el hada será más buena que Dora. Mi abuela me decía que las hadas eran todas muy bondadosas, sobre todo con los pobres... pero me decía también que ya no existían. ¿Cómo es que Dora sostiene que sí?

Va a irse, y viendo a Alfredo, vuelve.

ESCENA II

Alfredo y María

MARÍA

Quiero preguntar a Alfredo.

ALFREDO

Entra con vivacidad corriendo tras una mariposa.

Agarra... agarra.

MARÍA

Lista con su pañuelito abate la mariposa, de manera que Alfredo pueda agarrarla.

ALFREDO

Muy bien, no te creí tan valiente. Bueno... te voy a regalar algunos chokolatines.

MARÍA

No quiere recibirlos.

Gracias. Mejor quisiera me contestase a una pregunta.

ALFREDO

¿Cuál?... Pero... toma los chokolatines, después hablaremos.

MARÍA

Acepta.

¿Sabe usted dónde vive el hada de las muñecas?

ALFREDO

Con sorpresa y riéndose.

¿Qué dices? Pero... ¡si no existe!

MARÍA

¿No existe?

ALFREDO

¿De dónde diablo puede salir el hada de las muñecas? ¡Oh! ¡Yo quisiera que existiese! Entonces... hallaría también la de los bombones, así no me vería en tantos apuros, y no tendría que decir tantas mentiras para tomar los chokolatines cuando nadie me ve. ¡Qué suerte!

MARÍA

Con tristeza.

¿Cómo?

Enseñando los chokolatines.

Estos, ¿los ha tomado usted sin permiso?

ALFREDO

¡Claro! ¿Cómo he de poder vivir con los pocos que me pasa mamá?

MARÍA

Devoliéndole los dulces.

Entonces... gracias... yo no puedo aprovecharlos.

ALFREDO

Con sorpresa.

¿No quieres?

Se ríe.

¡Eh!... dámelos no más; ya me lo figuraba; con beneficiar a los ingratos se obtiene muy

mala recompensa. Vete, vete, y... en cuanto a el hada, nena querida, no esperes nada. ¿Sabes? Pues... Si la encuentras, ¡que seas feliz!

Se come los dulces.

MARÍA

Sin embargo, su hermanita me dijo que sí. Hasta yo vi la muñeca que el hada le regaló.

ALFREDO

Mi hermanita... lo dice, pero... yo no lo creo.

MARÍA

Si se la dió a ella, quiere decir que existe y que a mí también puede regalarme una, aunque... yo no sepa hablar con soltura.

ALFREDO

¿Hablar?

Entre sí.

Voy a divertirme.

A María.

Mira... para agradecerte el haberme devuelto los dulces, te voy a enseñar cómo debes hablar, con tal que no lo olvides.

MARÍA

Contenta.

¿Usted? ¡Bueno! ¡Oh!, no dude; trataré de no olvidar nada.

Escucha con atención.

ALFREDO

Con tono de maestro.

¿Oyes?... « Señora hada...

Pausa.

Señorita hada »... ¡No!... « Amable hada... »

MARÍA

Interrumpiéndolo.

¿Y después?

ALFREDO

¡Oh! Si me embromas, no podré seguir... Déjame pensar... ¿Crees tú que los discursos brotan de prisa? Bueno... empecemos otra vez. « Señora hada... si usted existe, mándeme bombones »...

MARÍA

¡No! una muñeca.

ALFREDO

¡Ah... ya! tienes razón, me parecía hablar con el hada de los bombones. Pues empecemos otra vez.

Piensa y mira hacia arriba.

« Señora hada... tan amable »...

Ve una mariposa, corta el discurso, deja a María y corre tras de la mariposa.

¡Uy, qué linda! ¡agarra!

Vase.

ESCENA III

María, sola.

MARÍA

Triste.

También él, con la excusa de la mariposa, no me dijo nada más. ¿Qué debo hacer? Rogaré a el hada como mejor pueda, así...

Se pone de rodillas.

« Hada, generosa hada, que tenéis tantas lindas muñecas para las niñas : ¿queréis regalar una también a la pobre María, que nunca la tuvo? Trataré de comportarme siempre mejor; dadme una muñeca, depositadla aquí señala un rincón y yo vendré a buscarla. »

En este momento, de los bastidores será arrojada a los pies de María una muñeca. María la recoge y la contempla.

¡La muñeca! ¡Oh, qué linda! ¡Qué pronto el hada me contestó!

Manda besos por el lado de donde vino la muñeca.

También mi abuela me decía que las hadas tenían una varita mágica, y que con ésta hacían todo. ¿Por qué Alfredo dice que no existen?

Mira la muñeca.

¡Qué hermosa!

ESCENA IV

Dora y María

DORA

Entra de prisa.

¡Ah!... ¿la tienes tú? ¡Mala!... ¡ladrona!

MARÍA

¿Yo? Pero... ésta es mía, me la dió recién el hada.

DORA

¡Mentirosa! Esa muñeca es mía, mía; yo la buscaba... dámela.

Quiere quitársela.

MARÍA

Es mía... yo no toco nada, no me la quite.

DORA

Con rabia.

¿No me la quieres dar? Está bien, se lo diré a papá... y llamarán al vigilante.

MARÍA

Pero... si ésta es mía.

DORA

¿Tuya? ¡Qué mentirosa! Si la perdí yo recién, y es justamente ésa.

MARÍA

Será igual, pero ésta es mía.

DORA

Con rabia.

Te digo que no.

ESCENA V

Alfredo, María y Dora

ALFREDO

¿Qué es este barullo?

DORA

María se apoderó de mi muñeca y afirma que se la dió el hada.

MARÍA

Digo la verdad.

ALFREDO

¿Cómo... el hada? Pero, si las hadas no existen.

A María.

¿No te lo dije recién?

Irónico.

¡Muy bien, señorita María! Eso se llama robar; ¡muy bien!

MARÍA

No es verdad.

DORA

Sí, es verdad.

MARÍA

Resignada.

Pues... ¿dice usted que ésta es su muñeca? Tómela no más; cuando encuentre la suya, me la devolverá.

Ofrece a Dora la muñeca.

ESCENA VI

La señora Palmira y dichos

PALMIRA

¡Firmes! La muñeca pertenece a María y no a Dora.

ALFREDO

¡Bomba!

DORA

¿Y la mía, entonces?

PALMIRA

La tuya... ya lo sabrás, y aprenderás a no ser tan orgullosa y a no ofender, cuando no

estás en lo cierto, a una niña mil veces mejor que tú. Yo todo lo escuché, antes y después, y di la solución que habéis visto.

Acaricia a María.

Tú merecías por tu bondad la muñeca que Dora por su orgullo no merece, por eso hice el papel de hada, ya que las hadas no existen.

ALFREDO

Bien lo decía yo.

PALMIRA

Tú, pícaro, si no dejas de comer golosinas te enfermarás; verás entonces lo que hará el hada.

MARÍA

Señora... le doy muchas gracias, pero quisiera señalando a Dora que se quedó muda aparte que perdonase a Dora y que le diese su muñeca.

PALMIRA

¡Qué corazón de oro!

A Dora.

Para ti... habrá otra muñeca, pero... con una condición... que tú pidas disculpa a María por tus impertinencias.

DORA

Sí, mamá.

Corre hacia María y la
abrazo.

ALFREDO

Aplaudiendo.

¡Viva!

PALMIRA

¿Están contentas ahora de haber conocido el
hada de las muñecas?

ALFREDO

Riendo.

Pero... no de los chokolatines.

DORA

¡¡Viva la buena hada!!

LOS RAYOS X



COMEDIA

PERSONAJES

ARTURO.....)
BARTOLO.....) Niños de 12 a 13 años.
CÉSAR.....)
DANIEL.....)

En casa de Arturo. — Mesa con revistas.
Algunas sillas.

LOS RAYOS X

ARTURO

Hojeando una revista.

¿Será ésta...? No...

Toma otra.

Ésta, tal vez... tampoco... ¿Cuál será?...
¡Caramba! ¡Si pudiese encontrarla!... Podría servirme lo más bien, y mañana me ganaría una buena calificación.

Al público.

Hoy, el profesor de clase explicó algunos de los nuevos descubrimientos, deteniéndose marcadamente sobre los rayos X; y nos ha ordenado una recopilación. Me acordé haber visto láminas y descripciones en una revista de mi papá, pero no puedo encontrarla. ¡Qué lástima!

Sigue buscando.

Entran Bartolo, César y Daniel.

BARTOLO

¡Hola!... ¿Qué estás haciendo?

CÉSAR

¿Hiciste los deberes?

DANIEL

Venimos a pedirte un favor.

ARTURO

Si me hablan todos a la vez no me será posible contestar.

BARTOLO

¡Claro! Arturo no tiene tres cabezas, ni tres bocas.

CÉSAR

A Bartolo.

Lo contrario que tú, que tienes una boca sola, sí, pero que vale por tres.

BARTOLO

Y ¿qué quieres decir con eso?

Enojado.

ARTURO

Bueno... muchachos : en mi casa está prohibido enojarse.

BARTOLO

Venimos...

CÉSAR

Venimos a...

BARTOLO

A César.

¿Ves? Entonces tu boca vale por cuatro.

DANIEL

Hablaré yo, y ustedes, charlatanes, a Bartolo y a Luis quédense callados.

A Arturo.

Siendo tú uno de los más aventajados de la clase, venimos a pedirte alguna indicación acerca del deber que tenemos para mañana.

BARTOLO

Ese de los pararrayos.

Los demás se ríen.

CÉSAR

No, bárbaro, de los rayos...

DANIEL

Equis.

BARTOLO

El profesor dijo « pararrayos ».

ARTURO

Riendo, a Bartolo.

No... comprendiste mal, amigo.

CÉSAR

A Bartolo con ironía.

¡Vaya un talento! ¡Qué poderosa cabeza es la tuya!

ARTURO

Estaba ocupado en eso mismo. Siento no poder encontrar una revista de mi papá, que vendría lo más bien para nuestro asunto.

Pausa.

Arturo sigue buscando.

DANIEL

Será suficiente que nos repitas, como mejor puedas, lo que dijo el profesor, tan sólo lo que recuerdas.

ARTURO

Se trata, pues, de un descubrimiento muy importante y útil. Un sabio alemán... ¿Cómo se llama?

Todos piensan.

CÉSAR

Ro... Ro...

BARTOLO

Roe...

DANIEL

Rogelio.

CÉSAR

Interrumpiendo irónico.

Sí... riendo Rogelio Pérez... el almacenero de la esquina...

Risas.

ARTURO

Pensativo.

Ro...

DANIEL

Declamando.

Una prima de dos centavos a quien encuentre el nombre ese.

BARTOLO

Busca debajo de las sillas.

DANIEL

Aludiendo a Bartolo.

¡Qué tonto!

BARTOLO

A Daniel.

Más tonto eres tú, pues has creído que yo lo buscada de veras.

ARTURO

Gritando.

¡Rontgen!

TODOS

Afirmando.

Rontgen, Rontgen.

DANIEL

A Arturo.

Toma los dos centavos de la prima.

Arturo rehusa.

CÉSAR

¡Qué cabeza debe tener ese Rontgen para dar con ese descubrimiento!

ARTURO

¡Ver, nada menos que a través de los cuerpos opacos! Es sencillamente maravilloso.

DANIEL

¡Poner al descubierto los huesos del cuerpo, como si fuéramos esqueletos! brrr.

CÉSAR

¡Adiós paredes, adiós puertas, escondrijos, marcando adiós cajas de hierro!

DANIEL

¡Qué bolada para los curiosos!

ARTURO

Bromas aparte, la fama del señor Rontgen cundió por todas partes en un santiamén. La noticia de tal invención o descubrimiento, como se quiera llamarla, puso en alboroto el mundo científico : los sabios se dieron maña para encontrar las ventajas de su aplicación.

BARTOLO

¡Quién fuera Rontgen!

ARTURO

Y no hay que extrañar que a este paso riendo llegue también el día en que no se harán posibles ni las mentiras ni los secretos, porque una persona cualquiera, mediante un aparatito perfeccionado, podrá leer en los corazones y en el depósito señala el cerebro de los conocimientos.

BARTOLO

Fuerte.

¡Cómo se pondrá la sirvienta de mi casa, que es tan mentirosa!

DANIEL

¡Pobres estudiantes los del porvenir! tendrán que nacer con una cabeza de un metro cúbico de capacidad.

BARTOLO

Si ustedes me permiten... voy a decir...

CÉSAR *

¡Calla, por Dios! ¡Quién sabe qué disparate saldrá de tus labios!

ARTURO

Déjalo hablar.

A Bartolo.

Dí.

BARTOLO

Serio.

A mi parecer, ese tal descubrimiento no reviste la gravedad que se le atribuye. Se trata de una más perfeccionada mecánica para dar con la explicación de fenómenos muy comunes, y que nosotros mismos ya experimentamos desde tiempo diariamente.

ARTURO

¿Cómo? ¿Qué, qué?

CÉSAR

¿Qué diablos está diciendo ese roedor de palabras?

BARTOLO

Siempre afectando seriedad.

Bueno, amigos. ¿A que yo mismo demuestro cómo se puede ver a través de cuerpos opacos, aun sin aparato, ni procedimiento alguno?

Todos se burlan de Bartolo.

DANIEL

A Bartolo.

Pero... muchacho... no seas bárbaro.

BARTOLO

¡Si hablo seriamente! ¿Hacemos una prueba?

ARTURO

Compañeros, dejemos que la haga : nos reiremos un poco.

A Bartolo.

Venga la prueba.

BARTOLO

Toma a César por un brazo y lo lleva al extremo derecho de la escena.

Tú... quédate firme aquí.

Bartolo se coloca a la extremidad izquierda, frente a César.

Y yo... acá.

Dirigiéndose a todos.

A que yo veo lo que César tiene en los bolsillos del pantalón.

TODOS

¿Qué ves?

BARTOLO

Que no tiene plata.

CÉSAR

Saca a la vista los bolsillos vacíos.

Es verdad.

TODOS

Se ríen.

ARTURO

Vaya un rayo de... adivinanza.

DANIEL

¡Qué horror!

CÉSAR

Eso sí que es raro : ver lo que no existe, lo que no tengo. ¡Paciencia si adivinaras lo que puedo tener!

BARTOLO

Acepto también esa prueba.

TODOS

¿Cuál? ¿Qué?

BARTOLO

Eso de ver los objetos que César guarda en los bolsillos del saco.

ARTURO

¡Cuidado que esta vez te sale el tiro por la culata!

BARTOLO

Pausa.

Con una mano finge telescopio, apoyándola al ojo.
Mira un instante, luego :

En el bolsillo izquierdo del saco tiene... ¡un paquete de caramelos!

CÉSAR

Saca un paquete de caramelos.

Es verdad.

BARTOLO

Queda triunfante.

TODOS

¡Basta! Eso es otra cosa.

ARTURO

A Bartolo.

Por supuesto, tú, Bartolo, si presentaras un deber por el estilo, estarías fresco.

DANIEL

Convengamos en que nuestro amigo Bartolo no es tan tonto como se cree. ¡Bartolo! por tu habilidad en bromear te haremos diputado; desde ahora te aseguramos ya nuestros sufragios...

Bartolo agradece.

ARTURO

No hay mal que por bien no venga. Mientras ese bochinchero aludiendo a Bartolo nos divertía con sus ensayos cómico-fotográficos, volvieron a mi mente algunas de las explicaciones dadas por el profesor, exactamente las que buscaba, es decir, las que buscábamos. La razón principal que justifica el asombro producido por el descubrimiento del señor Rontgen, es la disminución de muchas desgracias personales, antes imposibles de ser contrarrestadas. Muchas dolencias que tienen su asiento en el interior del cuerpo humano, donde el ojo, la experiencia y el hierro del cirujano no han

podido hasta ahora alcanzar su saludable intervención, se curarán con prontitud y seguridad, gracias a la aplicación de los rayos X, los que permitirán ver, como en un cuerpo abierto, el punto afectado por el mal, y qué clase de gravedad reviste.

DANIEL

De manera que cuando el profesor vea lo vacía que se encuentra la cabeza de muchos alumnos, la irá llenando de sabiduría en cinco minutos.

ARTURO

Siempre riendo.

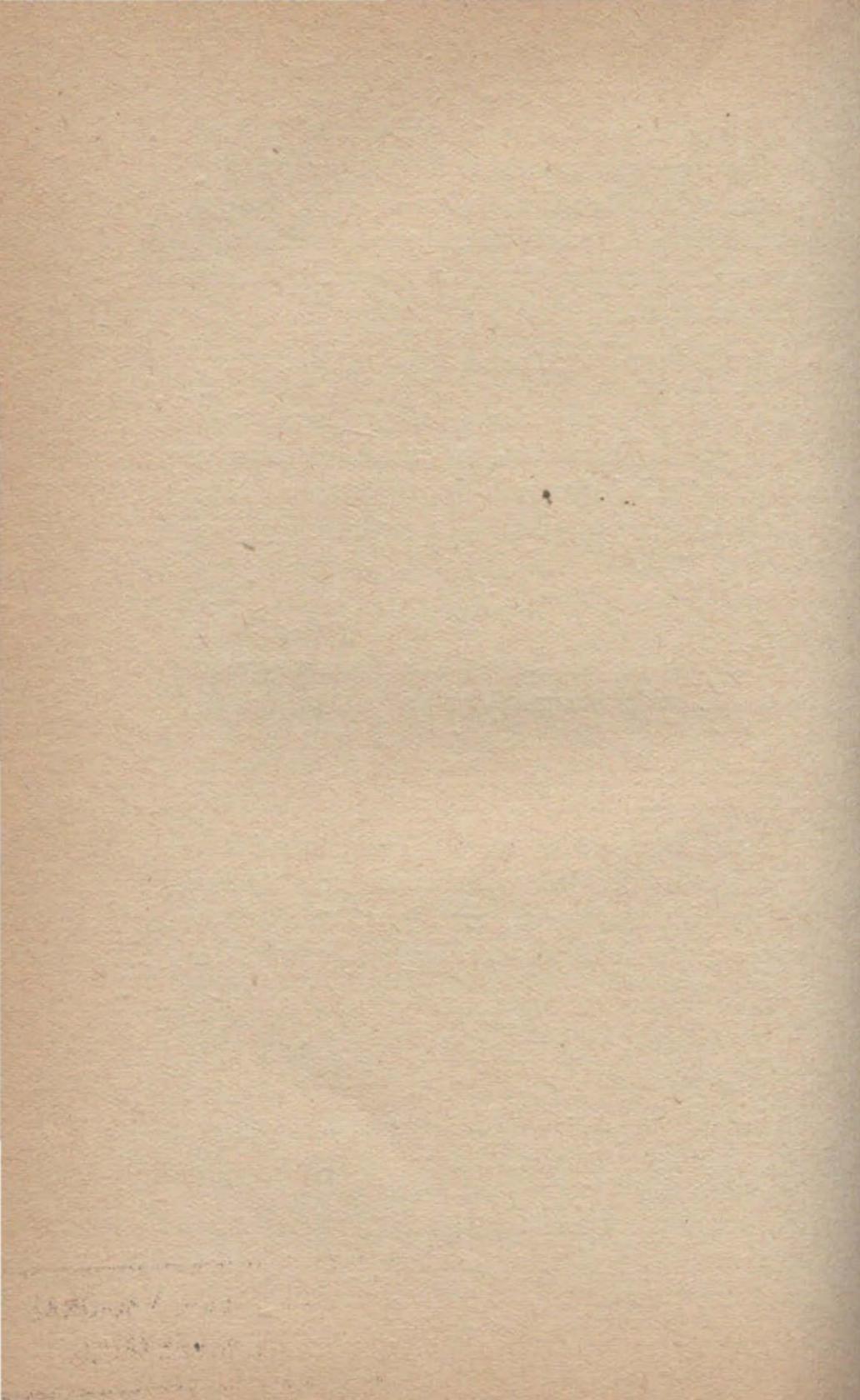
El amigo Bartolo lo nombraremos representante del gran descubridor en la América del Sud.

BARTOLO

¡Cómo no! Verán ustedes cómo adelantaré en mis estudios. Quiero aplicarme con firmeza. Yo también quiero ser algo y aportar mi tributo en pro de la humanidad doliente.

TODOS

¡Muy bien!



EN BUSCA DE UN SERENO

COMEDIA EN UN ACTO

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PERSONAJES

DON FEDERICO, propietario de un establecimiento industrial.	LEÓN MOREIRA.
GUILLERMO, su gerente.	ORLANDO DE LA FURIA.
	ANÍBAL GUERRA.
	SIRVIENTE.

Sala con una mesa, una hamaca y varias sillas.

EN BUSCA DE UN SERENO

ESCENA I

Don Federico

FEDERICO

Está sentado a la mesa,
revisando papeles.

¡Corriente! La tarea que me da el establecimiento es como para no dejarme en paz ni un solo día. A cada rato hay novedades, apuros, inconvenientes, rupturas, averías, la mar de cosas. Esto sin contar con el vaivén de mercaderías, asuntos financieros, movimiento de personal, etc. A propósito. Anoche ha muerto repentinamente el sereno, y urge encontrar otro. Hoy día, un personal que responda a las exigencias de las situaciones, aun generosamente retribuido, es siempre un problema. El que falleció era un buen hombre, cumplidor y resuelto; lamento haberlo perdido y mucho temo no encontrar otro que, como él, sepa estar en su puesto.

Toca la campanilla. Aparece el sirviente.

ESCENA II

Sirviente y Federico

SIRVIENTE

Señor.

FEDERICO

Diga al señor Guillermo que deseo hablarle.

SIRVIENTE

Se va.

FEDERICO

El gerente me podrá dar alguna indicación respecto a la mejor manera de asegurar un nuevo y excelente sereno.

ESCENA III

Guillermo y Federico

Entra Guillermo.

FEDERICO

Deseaba saber qué determinación ha tomado usted respecto al sereno que necesitamos.

GUILLERMO

Anoche mismo he mandado publicar un aviso en *La Prensa*, sección « Péridos de personal ».

FEDERICO

Bien hecho.

GUILLERMO

Tengo el agrado de comunicar a usted que ya se han presentado esta tarde tres individuos como candidatos, pero...

FEDERICO

Querrá usted decir que en semejantes casos, no se sabe de qué manera proceder para elegir.

GUILLERMO

Eso es. La idoneidad para desempeñar ese cargo no se puede valorar por recomendaciones, ni por las exterioridades de las apariencias.

FEDERICO

Así es, en efecto. De manera que muchas veces, mientras los dueños, confiando en su personal, se entregan al reposo, los serenos echan tranquilamente su siesta.

GUILLERMO

Ya que estamos en baile, conviene hacer lo posible para elegir el mejor.

FEDERICO

¡Una idea! ¡Si hiciéramos una prueba...!

GUILLERMO

¿Cuál?

FEDERICO

Déjeme hacer. Se me ocurre una broma y le aseguro a usted que si entre los tres candidatos hay uno solo que sea valiente, la prueba no puede ser más eficaz. Usted asistirá y nos reiremos un poco.

GUILLERMO

Bueno.

ESCENA IV

Sirviente y dichos

SIRVIENTE

Señores : Hay un hombre que desea hablar con ustedes.

GUILLERMO

Ahí viene uno.

FEDERICO

Que entre.

Sirviente sale para introducir luego a León.

ESCENA V

León Moreira y dichos

LEÓN

Se queda a la puerta.

FEDERICO

Adelante. ¿Qué deseaba?

LEÓN

Con altivez cómica.

Me han dicho que ustedes necesitaban un sereno : aquí estoy para ofrecerme a dicho puesto.

FEDERICO

¿Cómo se llama?

LEÓN

León Moreira, para servir a ustedes.

GUILLERMO

El nombre y el apellido hablan mucho en su favor.

León afirma. Guillermo finge apuntar.

LEÓN

Claro. Soy un león de veras, y si ustedes quieren, soy capaz de pegarle fuego a todo el establecimiento.

FEDERICO

Muchas gracias. No faltaría más.

LEÓN

Corrigiéndose.

Quería simplemente decir que tengo un valor a toda prueba, que... no temo a nadie, por fuerte que sea.

FEDERICO

Oiga : no tenemos inconveniente en tomarlo a nuestro servicio, cuando las condiciones que impondremos le satisfagan.

LEÓN

Alude al sueldo.

FEDERICO

Que se había apercibido.

El sueldo será más generoso de lo que piensa. Oiga usted. Esta noche le encargo velar un muerto.

LEÓN

Contrariado.

¿Un muerto?

Se repone.

¡Vaya una gracia! ¿Cree usted que yo, desde que soy capaz de matar a los vivos, no tengo coraje de quedarme junto a un muerto?

FEDERICO

No se sulfure, amigo, más vale así. Escuche. Anoche falleció nuestro antiguo sereno, a quien, a falta de deudos, forzoso será velarlo aquí mismo; necesitamos una persona que se quede a su lado toda una noche. ¿Será usted capaz de hacer esto?

LEÓN

¡Por mil demonios! Soy capaz de velar a un regimiento entero. ¡Figúrese!

FEDERICO

Tanto mejor.

Aparte.

Ya veremos tu cordura.

LEÓN

Pero... ¿a dónde está el muerto?

FEDERICO

Dentro de poco lo haré transportar aquí.

Toca la campanilla.

ESCENA VI

Sirviente y dichos

SIRVIENTE

Entra.

FEDERICQ

Al sirviente.

Lleva a esta persona a la cocina y dile al cocinero que le sirva abundante comida.

A León.

Usted se quedará en la cocina hasta que lo mande buscar. Queda entendido que para velar un muerto no hacen falta armas, así que, si las tiene, las depositará en la cocina : se las devolveremos después. La casa por la noche está cerrada, no hay peligro, ni temores.

LEÓN

Yo no tengo armas, porque no las necesito : quien quiera medirse conmigo, vivo o muerto, diablo o belva, yo lo despedazo como si fuera un juguete.

Al sirviente.

Vamos.

Se van.

ESCENA VII

Federico y Guillermo

GUILLERMO

Sonriendo.

Parece que voy a adivinar algo de la broma que usted está armando.

FEDERICO

Quédese, amigo; ya verá.

ESCENA VIII

Sirviente y dichos

SIRVIENTE

Esta tarde, si no me equivoco, está destinada a las caras de criminales. Aguarda a ustedes un hombre : tiene una fisonomía tan antipática que yo no me atrevo a mirarlo dos veces.

GUILLERMO

Éste es el segundo.

FEDERICO

Que entre.

Sirviente se va.

GUILLERMO

Dentro de poco vendrá también el tercero.

FEDERICO

Tanto mejor : si no viniese, mandaría buscarlo.

ESCENA *IX

Orlando y dichos

ORLANDO

Muy señores míos : ¿puedo esperar que me tomen a su servicio en calidad de sereno?

GUILLERMO

¿Puede usted comunicarnos qué méritos acredita?

ORLANDO

Tengo capacidad para cualquier cosa. No sé lo que es miedo : cuando se me presenta ocasión de ejercitar los puños, encuentro en ello todo mi placer.

FEDERICO

¿Sería usted capaz de fingirse muerto?

ORLANDO

Medio asustado.

¿Muerto? No entiendo.

FEDERICO

Sepa usted que se nos ha presentado otro hombre con el mismo pedido, pero... para decir la verdad, no me parece muy apto para desempeñar el cargo. Usted llega en momento oportuno : pues su presencia revela franqueza y valor; he pensado hacer una broma al otro candidato para descubrir su poco valor y despedirlo, nombrando definitivamente a usted.

ORLANDO

Muy bien. ¿Sabe que la pensó muy bonita? ¡Cómo no!; armémosla gorda, que en eso me divierto un mundo. Tengo tanto valor, que si estuviera en el infierno, rompería los cuernos a todos los diablos.

FEDERICO

Ya veremos. ¿Cómo se llama usted?

ORLANDO

« Orlando de la Furia », a sus órdenes; y de mi nombre estoy orgulloso.

GUILLERMO

Toma nota.

El nombre, ya lo creo, es formidable.

FEDERICO

Toca la campanilla.

ESCENA X

Sirviente y dichos

FEDERICO

Al sirviente.

Lleva este hombre al cuarto de la derecha.

Indica.

Ahí depositará sus armas. Sacarás del guardarropa una sábana, una colcha de noche, y ten listas almohadas y todo lo que pueda necesitar para representar el papel de muerto. Harás traer de la cocina cuanto desee; mientras tanto lo cerrarás adentro con llave y que nadie lo vea o sepa que allí está.

A Orlando.

Y usted quédese allá hasta que lo llamen.

SIRVIENTE

Que no entiende nada de esto.

Muy bien.

Aparte.

Mi patrón se vuelve loco.

Se va asombrado, con Orlando.

ESCENA XI

Federico y Guillermo

GUILLERMO

Ahora comprendo. Le felicito por su ingeniosa ocurrencia. Habrá como para divertirse. Pero... yo creo que ninguno de ellos va a salir airoso en esta prueba.

FEDERICO

Estos son los tiempos de « pura parada », y los verdaderos valientes son muy raros. De todos modos no nos conviene aceptar personas que resulten luego incapaces.

ESCENA XII

Aníbal y dichos

ANÍBAL

De adentro.

No seas bárbaro, déjame pasar, que yo no necesito ser anunciado.

GUILLERMO

¿Quién grita por allí?

ANÍBAL

En la puerta, mirando atrás.

No faltaba más; un hombre de mi talla no permite semejante afrenta. No temo a un ejército, voy por donde quiero y no admito obstáculos.

Dase vuelta.

¡Oh! Servidor de ustedes, señores ilustrísimos...

GUILLERMO

Amigo... entrar... así no más...

ANÍBAL

Ya sé, ya sé lo que ustedes quieren decir : conozco las reglas de buena crianza, pero... cada regla tiene su excepción : a un hombre como yo, toda puerta debe abrirse, si no, corre el riesgo de ser hecha pedazos.

GUILLERMO

Pero... en fin...

ANÍBAL

En fin, aquí estoy para...

GUILLERMO

Francamente.

ANÍBAL

¡Bravo! Así me gusta : « francamente »; la franqueza es una gran cosa... Yo, por ejemplo, con mi franqueza puedo hacer que un diputado se desmaye...

FEDERICO

No me haga perder la paciencia.

ANÍBAL

Ya; la « paciencia », con la « paciencia » se hacen maravillas. ¿Sabe usted? Una vez...

GUILLERMO

¡Basta, por amor de Dios! ¿Se puede saber lo que usted desea?

ANÍBAL

¡Oh! ¿Cómo? ¿Ustedes todavía no han comprendido que yo he venido para ser nombrado sereno?

GUILLERMO

¿Cómo se llama?

ANÍBAL

« Aníbal Guerra »; de apodo : « el Terrible ».

GUILLERMO

Apunta.

FEDERICO

¿Cuáles son sus méritos?

ANÍBAL

Esta sí que es gorda. Por mi valor, por mi fuerza muscular, por mi bravura, etc., etc. Con tal que me den una buena comida y un buen sueldo seré lo que ustedes quieran.

FEDERICO

Pues bien. Su franqueza me simpatiza. Diga :
¿Tiene usted miedo a los muertos?

ANÍBAL

¿A los muertos? No me hagan reír.

Mil gracias por la broma : ni de los muertos ni de los vivos; yo tengo mil demonios en el cuerpo; ¿se dan cuenta ustedes?

FEDERICO

Mucho me alegro. Y a propósito de los demonios, ¿será usted capaz de desempeñar el papel de « diablo »?

ANÍBAL

Con mucho gusto y sin ningún esfuerzo.
¿Será, sin duda, en alguna comedia?

FEDERICO

Sí... comedia, o cosa por el estilo. Esta tarde se presentó aquí un hombre para el mismo objeto que usted; él debe velar el cadáver del difunto sereno. Usted a una hora determinada, disfrazado de diablo, entrará en la pieza del velorio y... ¡bueno! Le daré aparte mayores instrucciones sobre lo que debe hacer.

Toca la campanilla.

ESCENA XIII

Sirviente y dichos

SIRVIENTE

Señor.

FEDERICO

Acompañe a este hombre al comedor y espéreme que voy yo también en seguida.

Se van Anfbal y el criado.

ESCENA XIV

Federico y Guillermo

FEDERICO

Va usted a ver qué diversión se nos prepara. Arreglémoslo todo.

Arreglan.

Esta mesa es bastante grande : el muerto podrá caber. El traje de diablo lo tengo entre los cachivaches de carnaval. ¡Pts! Viene el muerto.

ESCENA XV

Orlando, Sirviente y dichos

ORLANDO

Aquí estoy. Para obedecer a usted no reparo en nada. ¡Ah, mucho hubiera preferido pelear con alguien!

FEDERICO

Silencio.

Al sirviente.

Vete al dormitorio y trae agua y polvos.

El sirviente se va.

ORLANDO

Agua y polvo ¿para qué?

FEDERICO

Ahora verá.

SIRVIENTE

Con palangana, agua y polvos.

Ya está.

FEDERICO

A Orlando.

Hay que humedecerse la cara.

ORLANDO

No se anima.

FEDERICO

Al sirviente.

Hazlo tú.

SIRVIENTE

Ejecuta.

ORLANDO

Por Dios; ¡qué figura voy a hacer!

FEDERICO

Silencio. Ahora, a nosotros. Acuéstese sobre esta mesa, y... no chiste; no se olvide que está muerto.

ORLANDO

Se habrá recostado.

Ya está. Me parece un poco duro. Pero... diga... ¿me tocará morir por mucho tiempo?

FEDERICO

Ahora vendrá quien debe velarlo.

ORLANDO

Pero... desarmado.

FEDERICO

Sí, valiente; no tema nada, estará desarmado. Usted por un rato estará sin moverse, y cuando el guarda se haya sentado como para dormir, dejo a su discreción e ingenio darle miedo. Si logra asustarlo y hacerlo disparar, usted será el preferido; además, tendrá una buena propina.

ORLANDO

Ya caigo. No dudo. Sé lo que me corresponde.

GUILLERMO

Cubre a León con sábana
y carpeta.

FEDERICO

No lo cubra todo para que pueda respirar.
A ver la almohada.

Arreglan.

Muy bien. Apagamos las luces y vámonos.
¡Muerto! ¡Esté atento! Desempeñe bien su
papel. Buenas noches.

Se van. Pausa larga.

ESCENA XVI

Orlando, solo.

Se incorpora un poco,
mira de un lado y de otro.

¡Linda figura estoy haciendo! ¡El muerto!
Es una humillación.

Reflexiona.

No, digo mal : ¡cuántos habrá a quienes toca
cumplir con peores obligaciones! ¡Oh! el
hambre, el estómago... son autoridades pre-
potentes. Oigo ruido... Viene mi guarda... vol-
vamos a morir.

Se acuesta. Pausa.

ESCENA XVII

León y Orlando

LEÓN

Con un frasco de Chianti.
Entra cauteloso. Pausa larga.

Helo ahí el muerto.

Irónico.

Hay que cuidarlo para que los gatos y los
ratones no lo estorben.

Pausa. Se acerca al muerto
y deposita el frasco al lado
mismo del muerto.

Así que... señor muerto... ¡Hum! ¡qué feo! ¡qué rasgos de criminal consumado! Y era voz corriente que fuera un hombre formal. Yo no lo conocí. Se parece a un conocido mío... no recuerdo bien...

Resuelto.

¡Qué me importa! Más vale no mirarlo. Querido muerto, nos haremos compañía... y en tu honor tomaré un trago de vino.

Ejecuta.

¡Lástima para ti que ya no puedes hacer otro tanto!

Depone el frasco en el mismo lugar.

¡Qué larga debe parecerme la noche! ¿Qué haré para no aburrirme? Hablaré entre mí.

Como recordando una cosa olvidada.

Me parece oportuno ojear un poco las puertas.

Ejecuta. Mientras se da vuelta, Orlando bebe lo que queda en el frasco, y vuélvese inmóvil.

Muy bien, están cerradas.

Pausa.

Me parece sentir un poco de frío, mis rodillas no son muy resistentes. ¡Lo que hace, ¡eh! hallarse entre los muertos! Me acuerdo

de mi abuela : cuando yo era muy chico, me contaba cosas extrañas, de brujas, de fantasmas, de muertos resucitados...

Orlando hace un ruido,
León se asusta : sobresaltado
mira a todos lados, y no
viendo nada, se tranquiliza.
Sigue con su reflexión de
antes.

Me hablaba de ciertas sombras errantes por la noche... ¡Quizás no serán todas mentiras! Mi abuela sabía muchas cosas. Pero... ¿para qué estoy pensando en esas frioleras? ¡Alegría, alegría!

Pausa.

¿Estaré toda la noche de pie?

Mira.

¡Ah! aquí tenemos una hamaca.

La arrastrará al lado del
muerto y se sienta.

Muy bien; no puedo pedir más. No quisiera me sorprendiese el sueño. Bueno; haré todo lo posible por quedarme despierto. Ahora otro traguito. El vino es un amable compañero.

Va a beber y se sorprende
de hallarlo vacío

¡Por mil demonios! ¿Qué es eso? ¿Quién puede haber tomado? Eh, no, debe faltarme un tornillo, no me habré fijado bien antes. ¡Paciencia!

Bosteza.

¿Qué le vamos a hacer? Llega el sueño, no se puede... rechazarlo... De todos modos... ¿de qué sirve quedar despierto?... durmamos un rato...

Se duerme.

ORLANDO

Después de una larga pausa, levanta la cabeza.

Este animal duerme... ¡Qué lindo armarle un bobinche!... pero... bosteza. Aquel vino delicioso me ha conciliado el sueño... puedo dormir un poco yo también : la noche es larga... Pero... ¡qué cama tan dura les dan a los muertos!

Acomodándose, echa el frasco al suelo, inmovilizándose en el acto.

LEÓN

Al ruido despierta, tiembla y grita.

¡Misericordia! ¡Qué susto bárbaro! Por fortuna me desperté. También los sueños suelen asustar de veras.

Mira otra vez por todas partes y vuelve a dormir.
Pausa larga.

ESCENA XVIII

Aníbal y dichos

ANÍBAL

De la puerta central, en traje de diablo, lleva una cadena.

Baja voz.

¡Ahí está el tunante guarda! ¡Pobrecito!, ahora estás fresco; ya verás como uno se muere de susto.

Se adelanta despacio.

Duerme : tanto mejor. El muerto es éste.....
Brr... ¡qué feo! ¡qué pálido!

LEÓN

Sofiando.

Mozo... traiga coñac... y que el diablo te lleve.

ANÍBAL

Gritando.

¡Ah canalla! aquí tienes el diablo.

Sacude la cadena. León despierta y haciendo aspavientos, echa a correr por la sala, perseguido por Aníbal; los dos gritan.

LEÓN

Señor diablo, perdón; ¡déjeme... socorro!

ORLANDO

A la palabra « diablo », levanta la cabeza, luego se incorpora y desciende para escaparse.

¡El diablo!

ANÍBAL

Viendo al muerto resucitado, se asusta.

¡El muerto!

Dispara.

Corren en confusión, gritando.

ESCENA XIX

Federico, Guillermo y dichos

FEDERICO

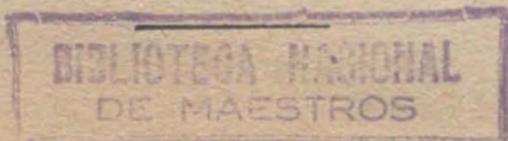
Riéndose.

¡Ah! Cobardes los tres : ¡fuera de mi casa!

Se van los tres.

Dirigiéndose al público.

¡Lo ven ustedes? Son todos por el estilo.





ÍNDICE

La Mano. — Monólogo.....	9
Adiós. — Monólogo.....	13
Mustafá. — Monólogo.....	17
Los Pajaritos. — Monólogo.....	21
¿Ángel o Diablo? — Monólogo.....	25
¡Qué vida! — Monólogo.....	31
El Curioso. — Monólogo.....	37
El recién llegado. — Diálogo.....	43
Sombra y Oxígeno. — Diálogo.....	53
El caprichoso. — Diálogo.....	59
Guerra en tiempo de paz. — Diálogo.....	65
Los supersticiosos. — Diálogo.....	79
El valiente. — Comedia.....	89
Los caracteres opuestos. — Comedia.....	97
El hada de las muñecas. — Comedia.....	117
Los rayos X. — Comedia.....	135
En busca de un sereno. — Comedia.....	151
